

SAMUEL CORTÉS HAMDAN

TRENZAS DE MADERA

Mariposario de urbanidades sacramentales

Ilustrado por Sherezadw L.T.



Texto: Samuel Cortés Hamdan

Ilustraciones: Sherezada Leyva Téllez

Diseño y maquetación: Marlene G. Meza

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-607-29-6677-2

Impreso en la Ciudad de México

Este libro desea su reproducción total o parcial en toda forma y por todo medio o procedimiento. Las únicas bibliotecas que existen son las fluidas, las que se desperdigan.

Samuel Cortés Hamdan

**TRENZAS
DE
MADERA**

Mariposario de urbanidades sacramentales

Ilustrado por
Sherezada Leyva Téllez



Una temporada en el pararrayos: las alimañas del tenue delirio

por Juan Schulz

En las últimas décadas se ha afianzado una imagen, un modo de ser del escritor como siervo del mercado y de las instituciones, como un sujeto dedicado a escalar socialmente. Para eso hay toda una red, un campo literario que premia lo sumiso —diplomacia, le llaman ellos— y construye una idea de la literatura en función de las mesas de novedades. Los escritores parecen más miembros de una banda de pop que otra cosa. Pero no siempre fue así. Podría dar cientos de ejemplos de autores que se han autopublicado o que se han movido por otra ruta que la del arribismo. La literatura en las orillas tiene la libertad de gestionar poéticas con otras lógicas. Y creo que conviene aclararlo, pero sólo como por destacar la naturaleza de cómo busca insertarse este libro en la fauna literaria.

Una vez aclarado esto, prefiero ceñirme a lo textual.

Para empezar a discurrir, digamos que Samuel Cortés Hamdan en *Mariopasario de madera* no parece un poeta que se siente con las manos limpiécitas para crear momentos poéticos: más bien parece hallarlos en su camino. Los recoge, los saca del abandono —los recicla, si se quiere— y los particulariza para que resalten. Otras veces recurre a lo prosaico, crea frases de vestido común porque sólo así se va formando el contraste necesario para que luzcan las alimañas del tenue delirio. Se puede decir que es un inconforme con el sentido habitual de las cosas: recurre a la metonimia para transformar los objetos, la flora y la fauna, sin obedecer a los mandatos del sentido, cosa que poco importa cuando se pueden desdoblarse otros valores (las ratas recomiendan, los adoquines besan, los charcos miran). Cuando un aforismo es traslúcido bien puede estar también barnizado con ese aceite, tan importante para la obra de Samuel, que es lo

lúdico; aceite para lubricar la revelación y el asombro que puede estar en algo tan grandilocuente como un durazno. Contra la *poesía del olimpo*, nosotros oponemos la *poesía de la plaza pública*, manifestaba el antipoeta Nicanor Parra; la de Cortés Hamdan tal vez no sea la de la plaza, pero sí la de la calle, la del metro, la de avenidas reconocibles de la Ciudad de México. La vena del aforismo que transforma su claridad en abigarradas metáforas; la imagen arrítmica que derrocha el delirante compromiso de hurgar en la vida callejera.

Al leer el *Mariposario de madera*, a veces es como si la sumatoria de Papasquiario + Perec + Porchia hubiera leído los poemínimos y, después de unos tiernos pulques, tuiteara desafortadamente desde la Ciudad de México. Pero si la Ciudad de México suele ser reconocida por las dimensiones insólitas —lo descomunal sobre todo—, la ciudad de Samuel también atiende los rincones, hurga en las cosas diminutas, como “el concierto de los pelitos del higo”. La ocurrencia es ingenio al paso, que en este caso busca aclimatarse en la frescura popular y rechaza estirar el cuello para formarse en las formas habituales de la poesía. No se detiene en preciosismos ni vuelos líricos de poeta de saquito leyendo arreboles apadrinados por una vaca sagrada. La poesía de Samuel Cortés Hamdan se rebela contra el reconocimiento de la ciudad letrada, le saca la lengua. No necesita los manteles largos de las capillas literarias, porque su poesía se mueve en el barroco popular, en los bordes donde no llegan los poetas de poesía escrita con cálculo social: de proyecto de beca, de ansiedad por el premio. Este libro esquiva las estéticas que promueven el mercado y también las instituciones, pero, como muchas veces pasa con lo rupturista, no se aboca a lo incomprensible desde el elitismo (mucho pretendida vanguardia lo hace), sino desde lo popular. La desobediencia estética, dice Samuel, también procede de la nimiedad. Mas nunca se queda en la nimiedad. La nimiedad es la base donde va a parir un elefante o donde “hay que creer en el ejercicio del helecho, su travesura colgante e invisible”.

Es notable que su poesía va al acecho de lo diminuto, que es una poesía del apetito y de la cotidianidad transformada. Pero se debe destacar que no es la típica cotidianidad anecdótica del poema realista de estos tiempos, donde la autorreferencialidad es una fruta tan común que a veces resulta imposible distinguir a un poeta de otro. La particularidad de un yo tan presente en este libro es que se trata de uno más volcado a la exterioridad y sus posibilidades que a traer toda el agua a un drama personal: no hay ni una pizca de victimización, lo trágico adquiere una dimensión que roza el absurdo, “tu derecho a la tristeza te hizo parir un pingüino por la garganta”, pero no porque haya que fugarse de las adversidades, sino porque las transforma a su guiso, que es el de encontrar bellezas insólitas para que las lágrimas sirvan de algo: “llorar para que nazcan los pies”. Este libro también nos recuerda que a veces el entendimiento es irrelevante y que el extravío es una manera poética de sazonar la realidad. Con el sentido desvariado conviene arrojarse sin esperar extraer el elixir de las respuestas unívocas. La ligereza con la que se deslizan las sentencias permite entrar a libro como si llegáramos a una ciudad nueva, hecha con el material de una urbe reconocible pero donde los códigos estéticos y morales han sido alterados. Al mismo tiempo que hace piruetas frente al entendimiento racionalista, el libro va exponiendo gradualmente su poética. No se explica, pero deja todas las pistas para una lectura libre, para que el lector se adueñe de algunos de los hilos del desconcierto, que se quite el paracaídas de la imaginación y se deje vivir dentro de sentencias como “El enamoramiento imaginario será más nítido y sagaz que el carril exclusivo del Metrobús, confía en mí en esto y óyelo espaciosa, ceremonialmente”.

A Samuel me lo he encontrado en su bicicleta, en conciertos, en la virtualidad; aparece allí donde haya algo que celebrar. Lo encontré también en su primer libro: *Me acuerdo*, que tiene tantas cosas en común con este. Pero encontrarlo en este libro es algo singular porque aquí ha ido mucho más allá de sí mismo y

se ha permitido malabarear el lenguaje y llevarlo a lugares que el periodismo en lo habitual no le permite. Samuel parece que encuentra su hábitat cuando es reportero de lo nimio: cuando hace de las pelusas una galaxia y de cualquier fruta un tesoro con un fondo que no conocíamos. La realidad parece que nunca lo cansa. Tiene una vitalidad para dejarse asombrar permanente: como si su defensa de la vida fuera celebrar la singularidad o concentrarse en ella: “En el mural de la Biblioteca Central de la UNAM sólo busqué las mariposas”. A veces con ternura, otras con inventiva. Siempre agazapado a su poética; a descubrir los mundos ocultos que tiene a su alrededor.

Un prólogo, decía Lichtenberg, es un pararrayos. Por eso es mejor que el lector lo hubiera esquivado, que no se dejara contaminar por el frío metal que contiene la descarga. ¿O es el prologuista un recepcionista? ¿Te dice cuál es la habitación y dónde está el jabón? O se podría suponer que el prólogo es el relato de un viajero que viene de regreso por el camino que apenas vas a transitar. Y te puede dar algunas recomendaciones: por esa curva hay una cascada; te sugiero que colectes todas las moras que encuentres. En cualquier caso, lector, te equivocaste, en vez de estrellarte en los fríos fierros del pararrayos, te tocaba ir directo a perderte en lo que sigue.

Ahora,
escribo un libro de lo que yo soy
y en este soy, Acario, eres conmigo.

Oda a Acario Cotapos
Pablo Neruda. Plenos poderes

El gozo del ciempiés es la encrucijada.

José Lezama Lima

observarme
observarte
o matar una mosca sin malicia
aniquilar la luz
o hacerla

Blanca Varela, Canto villano

Diez pesos para dominarlos a todos.

Dos bolillos serán mi imán, mi monumento a la ciencia, mi discreto altar enamorado.

Tras algunos años, las cutículas de esos dedos distraídos comenzaron a cantar. Luego vendrá la descomposición de las canciones.

Compilo mis antojos gástricos mientras mutilo el mundo.

Simplemente sabrás reconocer el momento en que estés frente a un champurrado verdadero.

Morir 17 veces antes de alcanzar el plato de papaya no es indigno, no es despellejante: además estás bailando encima de la vela.

De mejores corajes me he enajenado.

Los dedos ya lo sabían.

Para conocerte, espera a que el poste de concreto se rasque las rodillas.

Tu derecho a la tristeza te hizo parir un pingüino por la garganta.

El único libro que importa es el desobediente con acústica.

Reservo quince minutos del silencio de la obligación al ensayo del éxtasis.

¿Qué unificará las partes roncadas del rinoceronte pincelado, que está por suceder bajo la visión del recorrido?

Jugar es imposible.

No olvides insistir en descender al beso con el poste de luz, desde que arriba es abajo.

El más perfecto de los saxofones ilumina la tarde: honra sus huesos y toca los tuyos.

Indispensable fallar para encontrar el sabor lamido del hueso pulverizado en eso que toques.

Entre los favorecidos, ser vivo tiene que demostrarse: ¿qué sino las operaciones de tu pulmón creativo justifican tu ejercicio en la Tierra?

Me nacieron e hice lo que pude, también embelesado por los cables del trolebús y la búsqueda de su oportunidad de nido de las aspiraciones y de su música del zangoloteo.

La deliciosa, aterradora facultad permanente de sentir.

Chupó faros y vendió toques.

La tristeza del agobio de vivir en la realidad, con sus despidos injustificados, de las corporaciones, estimula el hongo con sus sombreros siempre escurriéndose hacia otra cosa.

Para ser propio hay que robarle tiempo al músculo idiota. Robar tiempo como convertirlo en la región donde calientas tus pantorrillas sin que sepas que tienes pantorrillas.

El dolor devendrá pan, el pan devendrá dolor.

La maduración es entender que el manglar es el recinto donde zumban los mangles.

Sólo después de una sumatoria arbitraria de balbuceos será discernible la nitidez de una sílaba, igualmente sola ante los robustos, carnosos sofocos del mundo.

Envidia del tapir que tropieza porque desayunó pesado.

El libro no es lo que se lee. El libro sólo ocurre después.

Con rabia rápida se hallan sólo solaces rápidos, o quizás no he experimentado verdaderamente el asomo a las artes del escupitajo constituyente por absoluta gratuidad. El espíritu embarra hipopótamos inclusive en las latas de la repetición.

Cometer el ridículo hasta que los sentimientos astillados dejen de amenazar.

La ira como intención vital de fundirse con el cosmos mal encontrada por la interrupción de una infinidad de charolas de aluminio.

Unas cuantas fichas de hueso para enamorarnos: la ruta de la sangre haría cualquier pitaya contra el piso, cualquier cirugía contra el cielo, con tal de que nazca la sincera placidez del acercamiento. Un acercamiento que volverá a crisparse conforme se sigue rompiendo la pared, y volverá a encontrarse en la paz del disenso y la ternura de enconcharse como la respuesta más orgánica al abrazo.

Primero muerdo el olote, luego descubro si lo deseo.

Besar es nacer el sapo a media calle.

Tristes también despliegan su concierto de pelitos los higos.

La sangre pulverizada de un unicornio de peluche para envenenarlos y, luego, dominarlos a todos.

La rareza de inflar globos en un espacio cerrado: la exhalación suena firme en su roce contra las paredes sintéticas del hule contenedor. Por una vez, en un escenario minúsculo y poco santo, oímos la conducta de la vida.

Si el pensamiento y la emoción son indiscernibles, acostúmbrate a lamer ese gis, a orinar ese gis, a encontrar las ramificaciones del dolor en la observación de los charcos de tu orina. Un cangrejo abriría el círculo que contiene ese líquido para que se maravillosamente derrame: tripa cerebral que gotea.

Todavía mecido por la tibia posibilidad del amor, entro domesticado al supermercado a buscar duraznos, sin hallar.

Me prometí pensar y he estado sólo sintiendo la sorpresa del sol.

Desobediencia persistente: a la prudencia se le contrapone la exacerbación por puro estímulo personal, que luego es susceptible de parecido con la inmensidad de las almas. ¿Quién es más voluptuoso, el embajador cultural del Japón, yo o el empleado anónimo que viste el traje de Pikachú para posar en la fotografía que lo nombra como divulgador internacional de la cultura del archipiélago? ¿Quién es más arbóreo en la composición inaprehensible de su alma? ¿De qué color es el arma del empleado anónimo debajo de las fibras sintéticas de una botarga globalmente reconocible?

No se pide permiso para fomentar la voluntad interior, que en cambio podría comerle la cabeza a gritos a esa criatura cobriza que, mala, indistintamente, corona un restaurante en la avenida Baja California de la Ciudad de México. ¿Cómo censurar lo que de por sí ya es tenue: la transformación imaginativa del planeta y de los paraísos interiores?

La neurótica legitimidad de sentirse insuficiente, indigno, por no haber humedecido las paredes del recinto de la normalidad con una conflagración por vino y una procesión de varas de madera sonantes, tendientes al clímax de la flauta, a la obscenidad del cuerno, a la profundidad mineral y sus dibujos salados.

Una biografía que de tan repartida termine por ser meramente humana.

Gatos que inventen el baño y lo compartan serán canonizados en los parajes del otro orden, renovadamente amoroso y con betabeles.

El abrazo sólo puede ser intermitente, esta luz no es una laguna continental de petróleo sino una mosca con pensamientos exquisitos sobre la sombra de la pirámide que alcanza a la ceiba y traza un tobogán. Esta luz no es sino lucidez entrecortada, devuelta al piso por los lingotes de la pudrición que todo lo multiplican antes del surgimiento del tambor. Esta luz es un frijol que te visitará las palanganas del vientre para dormir entre los trazos mecidos del ácido estomacal. La curación de piel por piel se desenchufa en la constante de erguir vigas donde hubo pájaros y estiércol. Una vez, igual, vimos nacer a los renacuajos.

El ano duele para que te sepas.

La delicia de la inexactitud funda su iglesia súbita en el comedor, en el semáforo, en el accidente del calcetín.

La modestia de Antonio Porchia, su penetrante modestia lúcida de apego a la vida y a la claridad emocional integradora, aquí no puede ser: aquí derrapamos con un fragmento de alambre, enardecidamente urgidos de teatralidad.

Primero el vómito, luego el diamante. Luego la lengua. Entonces un sonido.



Las solemnes instalaciones históricas de la radio mexicana, relativizadas, derretidas, desviadas, curvadas por el estómago magnético de las nieves de mamey de nomás afuerita. A 12, 15 y 20 el vaso.

Con la necesidad de enamorarme me comeré esta gordita de nata.

Antes del caldo no había caldo: hubo que fundir.

Un monstruo de dibujo alojado en espera de su mordisco en una de las teselas de la regadera.

El amaranto que se desmorona torpemente sobre la barriga del oficinista esperará su oportunidad para asaltar las intimidades en fuga del elevador y desprenderse en el piso once de su placer. A voluntad.

La escritura requiere el cuidado de quien ubica al delfín en sus pestañas y decide ceremonialmente devorarlo.

Dolor de cabeza ante la tristeza de no ser santos, vicarios de la hélice, barrigas para el conversatorio, un gato dormido sobre la caja de una computadora, la araña de un librero, una lámpara engrasada sobre un puesto de carnitas, el silencio ruinoso de una calle de trabajo y acumulación, una sangre toda.

Hubo en ocasiones aquí alguna narratividad que se dejó romper por el asalto antojadizo de hongos sin emisión de soluciones estructuradas.

El gato luminoso vendrá a este mundo de realidad a partir la dureza de la avenida Cuauhtémoc, a sanar el balcón resquebrajado. O no será.

Antes de continuar, hay que matarse para evitar la solemnidad idiota de quien se acaricia las nalgas con una brocha de sustancia cobriza, en una contorsión al mismo tiempo envidiable y estéril.

Una física de la arbitrariedad, de la emoción comiéndose puntual y regularmente los piernones abusos del azulejo.

Trazas de humedad para poblar el ojo y oír declamaciones del miedo en las moscas.

Una permanente configuración del yo, deseoso de experimentación y tranquilidad: té de jengibre para sólo ver, charritos en un borde de la Alameda Central, normalidades aplastantes que enfurezcan al insultar al automovilista que invade la cebra del paso peatonal, normalidades liberadoras que acaricien una persiana, anormalidades que salgan del círculo para besar un topo.

Lo personal está tan vivo como el escarabajo que me come los labios.

Un censor de grafitis para dominarlos a todos.

Un dolor de cabeza como albedrío de la ebriedad.

Que la noche te sirva de sábana no nos relata, no nos ubica, no nos derrama: sólo te salvas a ti, aquí siguen los puestos de aluminio con pintura cariada, las propias pitayas insuflando confusión al tráfico interior: un camello que no puede pasar del muslo al corazón.

Aglomerados en torno a las luces de un contrabajo, como las marmotas que solamente imaginamos.

Si buscas la sublimación, interroga al trapeador.

Poesía es pulmón y la banquetta lo hace urgente.

La memoria era el paisaje.

La oportunidad de la escritura es la distracción. La oportunidad de la escritura total es la distracción total: el abandono del dominio de lo fiscal para sepultarse en el vigor, aunque imprecisable, ardiente de la posibilidad de una música que, quizás, también piense. Ese graznido rebelado, desvío del orden del mundo.

Justificarse desdice al hipopótamo, no lo intentes.

En medio del palacio había una tubería oxidada y flatulenta y un nudillo con pelos.

Hay un hígado que soy.

Se trata de la carne, dice Jaime Sabines, quizás pensando en el mercado del Canal de San Juan, quizás en el miedo estomacal, quizás en abrirse la cabeza al caerse en la regadera, quizás en la curva del mundo que se alcanza a ver cuando uno insiste.

Flor de higos para emborracharse.

Brutamente originales.

Congregar algo de gravedad: por plástica e ilocalizada que esta escritura pueda ser, pretende realidad, una pesadez cárnica sobre el Canal de Miramontes extendiendo su gusanería, su fricción, su queja nervada, su peste, su salto por venir, por venir. Latencia en asfalto.

Lentitud para no morir mordido por una nube. Rapidez para no perder panes de nalgas en el choque con el cielo.

Después de Ramón Gómez de la Serna podemos comernos todas las empanadas, las de tuercas, las de alicatas, las de marrano cinematográfico, las de eneldo, las de los obeliscos de la modernidad inmediatamente caducada y sin embargo divinizada en su enunciación minúscula pero magnética, fotografiada.

El cotidiano choque con el cielo quedó ciego por la costumbre de venerar taxis, camiones, novelitas eléctricas.

La sed exige trompa. Llega la acuarela a oír tus gemidos con los zapatos al revés. Nace un engrane danzante del roce de dos mariposas, borracho en ir formando un motorcito.

Una bruja de trapo asomada en el rincón de ladrillo gris de una casa esquinada en alguna de las rutas de extravío del brujo Xochimilco.

Alguna vez hay que hacerse propio, abandonarse a la realización de las venas y la canción de los músculos. Toda ayuda en tacos de canasta es bienvenida en este ritual de calenturas en pecho, de calenturas sinuosas, de hornos en el costillar.

La musicalidad, cuya cocción infecta los entornos y redefine el Eje Central, parecería ajena a la angustia persistente de la vida y sus comezones torácicas, pero habría de ser lo contrario: el alga jabonosamente adherida al estar vivo, otra especulación sobre los rangos de la carne, otro modo del hueso, de hacer fila, de caminar por los trazos urbanos brutos, de pertenecerse con realidad humeante esta vez, tras el asalto del olor de las tortillas carbonizadas el ejercicio de llevar la cara.

Trenzas de sentencias irrevocables, torpes y rápidas para que, en secreto, puedas lamerte las manos.

Atiborrados en el vagón, lluviosos, sucios, odiándose unos a otros, recordarán la piel.

Los bosques ideales surgen del ahogo por proliferación de pestañas como coladeras. Al ahogo le corresponde la conjura del desahogo: un pato en busca de manzanas.

Furiosamente equivocados, en el extravío de pintar una pared con la sal del codo, con el semen espontáneo, con la maravilla de un cerebro hinchado de dolores distraídos y minúsculos, proliferados, hirvientes.

Estatuarios por falta de cilantro rompiéndonos las córneas.

Un trombón rebanado espera su freidora.

La pregunta que hice ayer la he olvidado, sólo me queda la pirámide de Cuicuilco.

Chapultepec consolida la estética de las aglomeraciones y reclama una literatura a su alcance, embebida de su tono, de su horrida contradicción, de su creciente complicidad con Polanco y su miseria inocultable, de su suma de las torres del espejismo y los platos de plástico multicolor.

Hay que creer en el ejercicio del helecho, su travesura colgante e invisible.

Un permanente *deber ser* de imaginaciones.

Sacerdocio de cucarachas y sacerdotes del insectario.

Fernando Arrabal estaba bailando de pecho desnudo con su cierta torpeza, y lo fuimos olvidando, bebidos de estrenos.

La ética del extravío imaginante; la posibilidad posterior al aerostato.

Un diente roto en boca que sonrío todavía para dominarlos a todos.

Si la pereza te invade imita al cactus, su boca redonda maciza, su baile agudo, su rumiante reflexión en medias voces.

El mecanismo de la escritura es la escritura.

Ese mapa admitía mostazas.

Tacos de canasta rumbo al autoconocimiento patrocinan salsa verde por emancipación.

Para descubrirse idiota en el ejercicio de tronar verbos hay que cometer primero el ridículo.

Por un debido temor al sol, las fugas resultaron solamente en soluciones neuróticas que encapsularon tu radical felino.

Oxidada integración: espérame.

No sé qué tiré, pero ya se cayó.

Síncopa para calentar tortillas.

¿Cuántas costras de orines en los canales del metro son tres dioses?

Hay mordidas que sólo sentirás después.

Helicópteros de plástico igualmente conjuran la imaginación en el metro Santa Anita: la lengua hallará su ruta de salida hacia la sal.

Cerrar ventanas en la oficina para simular control sobre la espalda.

Lámpara que no se regala está muerta.

La rumba del pápalo quelite construyó una ciudad alrededor de su sonaja en minerales para excitarse con la sonoridad de los hormigueos que la rondan estroboscópicamente: renovados parpadeos de otra santidad con dientes caninos.

Los modestos gruñidos del edificio no serán escuchados porque distraen los cuadriculados efluvios del teclado cantante.

Censurar la felpa, escanciar el vino. Atributos que sí y otros que no.

Neurosis por falta de agua sexual pacífica: la caricia ha sido destetada.

Correr para ser: el esternón se pierde si no lo dominas con tu austera aprehensión.

A la ambición la acotan las palomitas, la realidad de estar gordo, los hongos de los pies, mismamente que la justifican como tentativa del hombre infinito espantado por los cobros ascendentes en las casetas.

La luz espera húmedamente a que la acaricies, así pasen cinco años. Antes tendrás que sangrar en los rincones correspondientes del laberinto, hasta entender el dolor y la potencia que cuida del contacto.

El miedo florece y se va trenzando con la columna, luego caminarás hacia el puesto de lona en Revolución a preguntar por unas pilas baratas, sin que aparentemente un buitre te infecte los nervios con su apetito.



Una cáscara ennegrecida de plátano para dominarlos a todos.

Corazón de hulespuma es también corazón.

Era un pingüino, perseguía su grano de luz sobre los dibujos de cantera rosa que proyectan las casonas en Zacatecas y terminó su estallido alimenticio hundido en mi rabillo del ojo.

Las hormigas que invaden merecen tu desprecio pero precisamente te comerán los ojos. Sin brujería: llana mecánica sagrada, llana mecánica de los artrópodos estomacales: la integración del todo exige una mandíbula inaugural.

Irrelevante a veces el entendimiento.

Tal vez el espíritu encuentre su oportunidad de durazno incluso en el beso de una espina, incluso tras el desgarre que sangra en una habitación de la colonia Doctores, incluso tras la cancelación aplastada de las promesas de la ternura.

Pápalo de las navegaciones, ubícame.

La industria se introdujo en nuestros corazones disfrazada de portadas de discos entrañables que nos acompañan la mitología interior, presuntamente personal pero en cambio transferible y multiplicada en masa. Legítimo amor, pero habrá que vengarse de la industria comiéndole las torretas y los cables como quien asalta un queso fundido.

El queso de puerco supone una escultura, toda escultura supone sufrimiento.

Sin punto de fuga, sin noción de espacio, sin vínculo con los desarrollos, las evoluciones, también seremos capaces de bailar por nuestra cuenta.

Meramente humano, el comerciante de la plaza de Santo Domingo, flanqueada por el Antiguo Colegio de Medicina, donde Palinuro aprendió a hacer el amor con Estefanía mientras invertía el mundo en la oblicuidad de su espejo como un huevo: nacer por primera vez, revienta el precio de sus chicharrones, porque la aglomeración lo hará posible. ¿Qué opina el trono carnavalesco con su sucio cobre y sus patas de bestia y de tacón, testigo a unos doscientos metros?

¿Qué piensa el perro circense de la usura?

A Cuemanco por la resquedad en la piel.

La lengua se dobló en un atributo de la arquitectura, cacheteó al juez con su exceso de nalgas, y luego se carcajeó hasta quedarse

dormida, hipnotizada por su saliva caliente por el movimiento.
Todo lo miraba un gato.

Una librería de viejo con libros a sobreprecio para dominarlos a todos.

La cursilería engloba muy fácilmente las dificultades del pliegue de la alcachofa: la cursilería miente.

Todas las reseñas del mundo fructifican y paren una muela.

Se concebía monumental y quizás era solamente reiterativo.
Orgánico, sí.

El libro es desobediencia. Una muy modesta, porque hay que pedir permiso para cantar, de uno u otro modo contractual o espacial.

La grandiosidad poética debe despreocuparse.

Ayer la luna dijo: ven.

El encierro es explosivo e inaugura crayones.

Era dios y era el chirrido agrietado de la máquina de música perdido entre las lonjas urbanas de la velocidad.

Las hormigas santificaron el lavabo y el trapo congeló la profusión del espíritu.

El espíritu, que gotea, hallará su tubería y su acústica.

Un cielo abierto es un cítrico que busca deglutirte.

La mazorca va exquisitamente desgranándose y en su centro la gota de miel espera en paciencia las perspicacias de tu alfiler de olfato y resolución, los resultados del entrenamiento sutil de tu empatía.

Encapsulados, todavía imaginaremos al elefante deshojando una alcachofa.

Un alebrije ligeramente gentrificado para dominarlos a todos.

Irreflexivamente, anotar con placer el temblor de los músculos, que hallan su manera de zorros sí o también pese a la apretada logística del banco.

Falsos dualismos que no descubren nada, ni siquiera me describen, pero amarran más o menos una decencia verbal: sáquenme los ojos para hacer mantequilla.

Hoy también flotaremos en la espera del semen del sol.

Reinventar el mundo pide la harina indiscernible de las pausas.

Calzones que caen en el patio de la vecina: canten la emancipación o sucumban a la barbarie.

Antes del caldo no había caldo: hubo que fundir llaveros, exprimir alcantarillas, escuchar semáforos, olvidar la ruta y encontrar el puño de vestida sal donde recostar la lengua. Un paladar hipnotizado por el abrazo en su cuchara.

Levisísimamente peludos, también celebramos aquí la ceremonia de la confusión, sin hábito de velas, con esferas rotas, lentos de escupitajo, sedimentados como la orina terca en el bolardo pestilente e infeccioso, contentos.

Una cuchara: buda de las moscas.

Encima del aburrimiento inducido por recomendación del consumo neurótico, la obscenidad vercosa, que se alza entre tus manos, de un mango petacón.

Botellas de plástico vacío, concentradoras de los aromas avasalladores de la baba: la nueva arquitectura.

Habrás que asumir la debilidad y, de todos modos, mirar con atención magnánima a la nuez y sus dispositivos de cerebro.

Sin nada que pensar, me dejo visitar por las criaturas saltantes del pasto, esperando que los perros se vinculen.

La originalidad no puede escamotearse, ni sucede tras ser obsesivo con las mismas vaciedades retóricas, sino sólo después de la transformación de la experiencia, o a través de la formulación de experiencias transformadoras: la estética en el centro del foco, como una pasta bailante.

El ritmo del disfrute pide renunciar al efecto, a la eficacia, para mirarse la piel debajo de una luz pastosamente propia, pautadamente magnífica.

Sin orden también hay dedos.

Postular no es ser. Hay que descender al estómago del murciélago para aprender a decir de qué canción cojea el mole.

Postular no es ser. O sí. ¿Quién ha terminado de lamer la escafandra y comprenderla con los tentáculos en la lengua?

Dudar para que crezca el pasto de los ojos.

Ni un día sin una línea, ni un día sin un bache.

El cuerno musical hebreo espera con geológica paciencia en la vitrina de la librería religiosa de la calle Bolívar al servidor que le saque los enojos a manera de gritos que pinten el Zócalo como retruécanos duros de vibración mamífera.

Hablar hasta que quede expresada la febrilidad de un alma en franca inconformidad pero reiterada, frustradamente dispuesta a las figuraciones de la pasión.

Ella lo nalguea mientras sus cuerpos suben la escalera eléctrica de metro Chabacano, la ternura podría detener este instante como una clavija de madera en mi cerebro: era dios que su cuerpo arquea.

Príncipe mexica devino estatua. Viene una mariposa y lo erotiza. La luz oblicua del atardecer es el semen corriente.

Hay libros que se escriben para no ser entendidos, los de Clarice Lispector, Severo Sarduy, Federico García Lorca, José Lezama Lima, Julieta Campos, Sergio Fernández: no son exclusivamente descifrables, no otorgan una lectura; sus estéticas preconizan que la comprensión no lo es todo, que el ejercicio racional de desmontar aparatos no explica al ser, la vida, la realidad y la experiencia, y que hay otras formas de aproximarse a la percepción: desde las glándulas intuitivas, desde los lagrimales, desde la confusión que sigue rumiando, desde la belleza sonora o visual de una frase, desde la creación de pensamiento inédito como un placer ante las posibilidades humanas no sólo definidas por los canales de la utilidad, que miran a la bola de boliche renunciar al oficio y devenir manzano. Nada que trascender, nada que sufrir, nada que traducir desde las oscuridades del mensaje oculto y los símbolos cárnicos o congelados de las sociedades secretas. Sólo transcurso, vivencia, un labio que

se alborota con ayuda del dedo índice, un mirar la calle y deseársela interrumpida por la luminosidad del rinoceronte, para que la normalidad no nos siga avasallando e inoculándonos sentimientos cancerígenos de frustración en los tejidos del hígado, la vesícula y el cerebro.

Un espacio verbal que sea un ensayo de facultades, un terreno de prácticas de vuelo, como quería Pellicer, una sumatoria de exploraciones no por modestas impedidas para el asalto de la voluntad teatral y sus desbordes. Testimonio del parcial aprendizaje de vivir y su confianza en la golosina, la denuncia, la ensoñación gratuita y el extravío generador.

Una sonoridad y su ejercicio de desprendimiento del sistema de cuotas desde el transporte colectivo.

Irritación es vivencia. Come cactus, come piñas.

Me puse mi propia estatua y, ya emborrachado de generosidad, le pinté con gis su primera paloma: hombro orientadísimo.

Un pambazo lentísimo y urbano para dominarlos a todos.

Se descolgó meramente para seguir en la respiración.

Que el gato de madera acaricie la mano de tu risa cortada, de tu respiración en accidente.

La cucaracha quiere saber de las tenacidades de tu ecumenismo, espérala.

Gaita imaginaria igualmente dilata neurosis.

La irritación son los corazones aglomerados, la manifestación del caldo propio oculto adentro en las resonancias imprevisibles de afuera. Habrá que abandonarse bajo la escoba de la irritación, como pelambre ardiente en un brazo de tierra.

Unos calzones con forma de chanchito, con orejas y todo, en el mercado de La Lagunilla, para dominarlos a todos.

Desapasionadamente convertirse en mosco.

Sinceridad en el ingenio para, al final de la conflagración dolorosa, visitar un helado de vainilla.

El cristal habló para que pudieras sentirte en la oportunidad de desbordarte.

Milagroso y sucio, como las máquinas de helado en cono que discreta pero abundantemente pueblan el Centro Histórico de la Ciudad de México.

Algo de gravedad, que tampoco se enfrasque en los oficios de una solemnidad impostada y ajena, peligrosamente ajena. Algo de novedad que también cante con ridículo en los rincones de las instalaciones del metro, en oposición a la anulada paciencia, al llano silencio del tubo. Al tubo hay que crecerle pelos y rayones. Que nazca el descuido.

Un jaranero se olvidó de trabajar y nos esculpió a La Llorona.

Vendrán las tazas plásticas rebosantes de caldo callejero y sanaremos.

La labor es de cotidaneidad: que reine el loro, que escupa la jacaranda, que se eche el ladrillo a amancebarse con el bostezo, que insulte la jacaranda con su hábito de brumosa espiga desnuda, que la araña multiplique la aerodinámica, que reine el loro.

Una vez abandoné una carta a los pies de un candelabro que en sus patas de bronce vestía garras de león.



Fue el cubano quien nos brindó las caricias del agua por intervención en el oído.

Si el reloj no te invita, mátaló.

No precisó oportunidad, sólo sonaba. No hubo negocio.

Empecé deslizándome por travesura y terminé embarrado de un lodo hormigueante hasta la frecuencia.

Debajo de la inteligencia de tus demandas hay el dulcísimo clamor de un abrazo.

Un libro así necesita descabellarse en el rincón: el rincón será limado hasta la integración.

Si se habla del contenido del pecho, reventará la página por proliferación de detalle. El detalle es el erizo carnívoro y la oportunidad, un banco más o menos inagotable de helechos. Mascar, pues. Mascar, luego.

Una bolsa rebosada de palomitas medio rancias para gobernarlos a todos.

Tal vez mañana vuelva a abrazarte en el ejercicio de las vocales.

Eras una montaña y luego fuimos dos.

Tlatelolco para ser en el aprendizaje de los dolores simultáneos y en la vociferación de los atardeceres.

Fueron las emociones las que vislumbraron un bisonte encima del idiota escritorio moderado, un bisonte entre los canales de comunicación rigurosamente atendidos del complejo empresarial experto líder latinoamericano de la comunicación. Un bisonte con necesidad de cagar, pasillo o no, e imaginablemente pestilente.

La enfermedad y la muerte preconizan la obligación ética de divertirse.

Para abordar lo despreciable también se procederá con una tensión maravillosa.

Si la queja irritante y florida está muy grave, sólo hay que darle un paseo por los adoquines, los aceites, las fealdades, la musicalidad del contraste: que se abandone a ser en el mundo, que se vuelva sarcástica, que siga.

Eran trozos de piel de cerdo chamuscados, envueltos en bolsas individuales y colgantes de la reja antiasalto de una tortillería,

y eran también una fotografía de cierta anónima y persistente ternura en la alimentación discreta de los anónimos.

Interrupciones pueden también ser vida, pero el costo es la enajenación de los meniscos.

A espaldas del control, el higo.

Un estilo sólo sucede después de masticar incontables trocitos anómalos, distintos, de madera encontrada. Madera encontrada: el contraflujo de la urbe. Madera encontrada: un resquicio religioso en la fricción de la inanidad. Madera encontrada: dos cervezas y el corazón.

Cuando me pierdo también soy.

Sin arboleda he ido y se me nota.

Con bata de médico (“UNAM Académico”), aborda el metro en la estación Hospital General. Se arrincona hacia el lugar libre que halla en la apretujanza de la mañana para comerse su torta de huevo con salchicha, aromatizante del derredor. Unos 190 centímetros de estatura encorvados se obcecan en deglutir. Sigue la marcha del tren.

El tedio se convierte en moral.

El discreto rollito de jamón de lo poético: bueno para ser comido por un milenio.

El completo éxtasis de las almas por imaginación debe también respetar su lugar en el panorama de las dificultades y aprender a guardar silencio por respetuoso amor ante el adolorido de al lado.

Nos invito a cocinar.

Por la fealdad de hierro de los camiones también podríamos enamorarnos, hablando de congas y de los traslados salvajes del apetito.

Machacado en el abandono urbano envuelto en plástico, el higo.

Solamente la obsesión por las sumas y las licencias de sus deformidades.

Lo que te aplasta, te conoce.

Machacado como dinosaurio cantante sobre los pelos de mi cara, cosquilleante como pulpa a veces rasposa por los rayones de la cáscara, el higo.

También la resequedad será magnífica.

Moverme por la ciudad me irrita; el franco egoísmo de tantos atrapados en su propia lesión, incapaces de la más obvia empatía sugerida inclusive con estampas en el piso del metro, me irrita. Estoy hirviendo de tristeza porque quisiera ver al templo flotar y en cambio sólo soy vil. He muerto. Voy a lamerme los anteojos.

Entre su montículo de lodo descansa la abuela, casi anónima, abandonadamente mexiquense: costurera de Guadalupe Yancuictlalpan.

Soy la viscosa ira que babea, el adoquín de esquina ligeramente rota para que abulten su festín los escarabajos.

Para la tristeza de no ser santos, la música adormilada de una mitología imprecisable.

Conato de divinidad: el insecto que te trepa la nariz a pesar del Periférico.

Este abrazo pudo ser una fundación, pero vinieron las moscas del interés y nos lo arrebataron hacia la enajenación. Seguimos hablando tú y yo, sin embargo, e incluso trasegamos chistes.

Que las nieves de tamarindo y beso de ángel del tianguis de los domingos en Calzada del Hueso —que no sé si existe— unjan y laven tu cuerpo, que es el alma.

Una cabeza toda llena de suposiciones, mientras la banqueta se humedece y olea.

Faltan mitologías porque las descoyuntó el cableado.

Triste domingo, escribió Ricardo Garibay, y me pregunto cómo lo adivinó.

Serán los muertos de México los que se alcen para curarte los ojos con harina de su dolor y algún silbido dorsal del que no puedas distraerte.

Pequeñas consideraciones comidas por los orcos son también manzanas doradas con acústicas autónomas.

Era José Clemente Orozco en San Ildefonso y era también un arco de piedra maciza preciso para enamorarse.

El pobre pato se desafinó, pero lo vimos igualmente hermoso.

De la roca al elefante sólo existe tu diente de distancia.

Posible de gruñir, esta panza en cambio se mutila en domesticaciones. Sonríe, uniformada. Ni modo. El cerro no le aúlla. Pero el cerro aúlla.

Los faros desaparecen, pero queda su saliva.

Esa cactácea sobrevivirá.

Desapasionadamente no.

El flamboyán varía para que no te inhibas.

Codos secos piden almendras.

La gata hizo hablar al garrafón.

Que la tibieza siempre sea colegiada.

Este desliz es literario porque la visita microscópica te permitirá verle los pelos. Pelitos, sí.

¿Qué te asegura que no será el mueble quien te acaricie, la jarra de agua, cuando te rindas hundido en el adormecimiento de tus instintos, adolorido de arriba hacia el hígado?

Gratuidad hasta lograr el tonelaje, hasta posibilitar el escurrimiento.

Qué bonita tradición como para no confiarle un sarpullido.

Perdidos en los barrios chinos de Arabia.

Sacerdote devino vicario de los dorilocos por lucidez de dignidad.

Muertos de inhalación y necesitados de intimidar, los adoloridos extraviados son también tesela en el mosaico de las decenas de donas rellenas de crema pastelera de la colonia Morelos.

Azúcar en el cartón: asiste a tu bautizo.

Un llavero del Cruz Azul, cansado de desamor, para dominarlos a todos.



La originalidad no puede escamotearse, ni sucede tras ser obsesivo con las mismas vaciedades retóricas, sino sólo después de la transformación de la experiencia, o a través de la formulación de experiencias transformadoras: la estética en el centro del foco, como una pasta bailante.

La virtualidad ha relativizado el peso de una carta; al grumo papelesco lo convirtió en frivolidad inmediata. ¿Qué malamente mascarán las palomas?

Marcho como con chapopote para amarme los pies.

Raspar petate: conocerse por talones.

Suciamente mexicano por improvisación de íconos en una sumatoria de testigo y esponja olvidadiza.

Parado sobre la enfermedad, hablaré de la fiesta y de la fiebre, del trueno de las amígdalas, de los pasillos aireados del cansancio, del pan en el fondo con su sonrisa de piloncillo, del miedo, del silencio de los gatos que me sonsaca y me rodea, de la violencia de tus músculos y de los lirios crecientes del abrazo.

Dejar de leer para dar paso a la luz del panqué carnívoro, rotundo, salvaje, que nos desprecia mientras lo devoramos enfadadamente. Dejar de leer por mantequilla y huevo.

Un resentimiento inconfesable, irrevocable, para dominarlos a todos.

Una desobediencia estética también procede en la nimiedad: también ahí han sido domesticados los gustos y trasladar un poco el monolito es comenzar a romperlo; la tarea concluye cuando se alcanza a parir un elefante.

El topónimo te revelará su poesía siempre que estés listo, de Azcapotzalco al Soconusco, más o menos.

Las piernas que supuran también esperan su canción, su salmo de brazos agarrados al techo para no seguirse doliendo y de cualquier forma caer y dolerse.

Robarle áreas a la domesticación para fomentar lo peludo.

Una inteligencia tan sagaz que era incapaz de detenerse en el gancho y sus canciones.

Hacer listas. O mejor morirse.

Un espacio de enunciación libre no puede aspirar a coordinarse lógicamente con el mundo; en cambio, su borlote generará muchas astillas de contradicción; su testimonio, luego, vale menos por las ilaciones como por su desborde expresivo, su voluntad de habla, su posición ante las hebras, que hará vibrar aunque sea malamente, con caldo de paladar, con agua de úvula.

Tras alcanzar la sutileza habrá que confesarse: también llegué aquí transido, inmovilizado de envidias, mezquindades, iras irrisorias, pelucas de berrinche, ridiculez.

Las palmas en el salón de baile: crema derramada. Sangre láctea.

La reiteración de la ganancia superviviente hace olvidar con demasiada frecuencia la abeja de la posibilidad.

Morder con la frente marchita de excitación.

¿Cómo se hace una novela?, se preguntó en una ocasión el vasco Miguel de Unamuno. Apasionadamente, dijo luego.

Todo ese cielo atragantado de azul, ¿es tuyo?

La estatua engorda, se rehúsa a contribuir al adoratorio.

El níquel ya estaba roto, sólo quedaba bailar entre sus resquicios para que el sudor de los pies polinizara alguna corcholata, alguna vaina ciega, alguna sequedad embriagada entre las pestilencias de su muerte.

Bailar es insuficiente, pero necesario.

Para la tristeza de no ser santos, la oportunidad de alcanzar la luna negra de la excitación entre los cláxones del embotellamiento.

Me aburro porque tengo papilas gustativas, glándulas sudoríparas, gónadas: respirar el mundo es peligroso para el cuerpo.

Sacarse los mocos y esculpir en ellos la propia pesadilla para extirparla o más o menos.

Una joven intervenida de ebriedad, deshidratada, procurándose ampollas en los pies tras resbalar en la avenida Santa Úrsula, se detiene a contemplar una flor. Es, por supuesto, bulbosa y comestible.

Pintar pared para ansiar guacamole.

A esa guitarra tan orgánica, tan luego comestible, dile que te muerda con santidad la tripa.

La desobediencia es la estética: atribuirle desiertos al mundo sólo regado con paredes.

A lo mejor no hay ninguna genialidad en uno, sólo nada más el dolor del pecho, la oportunidad accidentada y navajeadada de tocarse los pies. Hay que moderar la imbecilidad del autoelogio y facultar la flexibilidad del autoescarnio, hacia la paz.

Escribir es el deseo; luego, debe derrumbar estadios de las cosas y fundar nopales.

Explicar las intenciones sin en cambio exponerlas furiosamente es plena imbecilidad. Hay que facultar el extravío. Hay que dejar de decir qué hacer y hacerlo.

Este es espacio para la significación libre, pero decirlo queda idiota.

Profesionalismo es vestirse de un color triste.

Alrededor de la banca de concreto lentamente deslavada por tantas nalgas de borrachos, cantan de ardor, de frío, de miedo, de imaginaciones vibrantes, los insectos.

Como dijo Frank Sinatra: Vuélame a la luna y llevémosle epazote.

Lo que sea del columpio respétalo.

La poesía es el teleférico y el corazón el Cerro de la Bufa. El cosmos es Zacatecas.

Un ligero olor a fermento en tus frutas para perfumarlos a todos.

Gomitas que comparte un sordomudo, perdónenme.

Sólo el talento para vandalizar un pollo podrido.

Hay que querer magníficamente, hasta la saturación, la inversión del ombligo, el lengüetazo del veneno.

La piel de un melón, como una oruga, caminándote el rostro con su barriga de frescura.

Pobrecito poeta que era yo: comencemos por la infección del prestigio.

¿Se comerá su falafel?

Hablar sin vínculo es también el acordeón y sus espumas.

Los pulques nos miraban con pesada paciencia y eructamos mutuamente.

Una comezón discreta en torno al ano para dominarlos a todos.

La visión no puede forzarse; en cambio, hay que marinarla en ciclovías inconformadas por el sol, en furias ante las espantosas saturaciones de la ciudad, en aglomeraciones infecciosas de incertidumbre, monedas, sudor, gónadas, distracción, sueño y diente.

Lo callejero no le quitó lo trombón.

Un soplido para retomar las escaleras.

Una botella de plástico golpeando el concreto para relativizar el edificio con una cumbia: rebuscada ruta santa de habitar el mundo.

El dibujo te comió y no te diste cuenta.

Temprano me sumerjo en una inconformidad que duda: ¿se podrá conjurar la riqueza estética que pretendo, la suma de

contrarios volantes hacia la configuración de un discurso sagrado, hiriente, henchido, furioso y al mismo tiempo apenas tenue en el peso urbano de una realidad horrenda? ¿Valdrá la pena el canto de una esfinge imaginaria entre los escándalos del Viaducto y sus configuraciones espantosamente nítidas? ¿Podré trascender mi propio pudor y nociones de ridículo, mi propio miedo a la relatividad de la furia compositora, e impulsar la dignidad del sueño, de la confusión vibrátil y generadora, de la observación que, por nacer, transforme? Hay que repetir los aspectos incomprensidos del pelicano hasta descubrir si podremos, con música de sílabas, hacer una vasija para arrojar el escupitajo contra la agresividad.

Nariz de oso para ir moldeando el abrazo.

Un incienso envolvente y otro desenvolvente.

Dotar a la vida de un ventilador de helechos precisamente aquí, donde todo transcurso simple es un atentado contra la dignidad de la vida.

La rebeldía es difícil, pero es indispensable observar a los caracoles.

Un queso atravesado de hierbas de aroma como referente de la circunferencia perfecta.

La imaginación es más real que el poste de luz que besas para sentirte vulnerable en humedad, epidérmico frente a las dentadas e irreconciliables geometrías de la urbanidad como estómago permanente, a veces cuidadosamente sigiloso, a veces llanamente abrumador como un automóvil frente a un grillo, una caldera de fundición frente a un mosquito tornasolado —ambos insoportablemente resplandecen. Más real que tus ademanes desangrados sin notarse sólo trasunto de venas, sólo ocurrencia de agobio. Y, en su desesperación de totalidad

recortada, donde de todos modos los bordes rezuman chillidos hilanderos, hará brotar en el centro de la distribución catastral un jitomate con habla, un hígado lacerante en su belleza danzística.

Un atado abandonado de cáscaras de plátanos dominicos en otoño para dominarlos a todos.

Al diente hay que buscarle su elote. Luego recomenzar. Luego agradecer abandonando el corazón en un semillero.

Sonajas para nosotros: tobillos sin vibración son apenas engranes de la obediencia sobrepuesta.

Una entrevista a contraluz con Jorge Volpi para dominarlos a todos.

A las aceras, sus humedales.

El mejor libro de Gabriel García Márquez lo escribió Reinaldo Arenas, me dijo el profesor de historia universal de la Prepa 6 allá por el 2004.

Cacahuates enchilados para enfilear el entusiasmo.

Los audífonos ayudan a escuchar la mandíbula.

No importa cuántas perforaciones soporte, cuántas fugas la desmayen, cuántas brumas le seduzcan la garganta como serpientes a sus colinas en el borde oceánico del mundo: esto es una mitología.

Los moscardones de la orquesta no te necesitan, pero morderán tus huesos.

Habitar los recipientes del control con las putrefacciones informes del musgo, con las invenciones infecciosas de la proliferación, con el chillido de la calabaza, con el látex parlante enojado: un ojo huyendo.

Equivocados y no, hicimos las palabras siempre desde el pecho, con la sinrazón del miedo ante la vida, que es una manera de vivir en las falanges y las transcripciones nerviosas.

La mejor planta es la que te mira.

Mosquitero para separar las alimañas de las tortas de carne ahogadas en caldillo de jitomate.

Aquí la crónica de un instante se logra de mala manera; el hollín es honesto.

No hay un helicóptero de helechos, sino una competencia de almas tristes. Todas se bañan con agua del tinaco.

Hoy me enojo con la fuerza de dos personas, mañana me olvido con el poema de unos tacos de canasta sudando en su abrigo de plástico azul y entre la orquesta de los peseros.

Si me desvió, tendré que comerme una flor: felpa irritante para el paladar.

Una cerrajería arrinconada en el Periférico Oriente para dominarlos a todos.

Aquí la crónica de un instante no descarta las oscilaciones de la marimba y el timbal en la marisquería.

Un bellissimo reloj de segundero deslizante, encerrado feamente en un almacén de pisos forrados de hule, de procedimientos profesionales para refrendar la seguridad procedimental.

Que el coraje se sublime en pieles borroneadas que se sublimen en coraje para navajear banquetas.

Un árbol que babea hasta acariciarte.

Cansarse porque no llegan tus calzones.

Dejarse infectar de enojo. Como si eligiéramos nosotros la infección. Infectarse de enojo y hacer entonces una vomitada mamífera en el jardín. Un jardín que no tenemos, animales de departamento. Dejarse infectar de enojo y morder la pared para que chille lo divino que hay en el estómago.

Así en la tierra como en el cielo, despídete de mí calurosamente, ateridos de insignificancia y de la imprecisión del futuro, mas vestidos de carne y sus contactos.

Traslados porque la vida es cuerpo, que flota sobre la pesadez del flujo de la materia.

Taller de saxofones para orar al polvo.

No sé: quiéranse el resto de sus vidas.

Escritura no es obediencia. Por el contrario, las banquetas arrinconan todo el malvavisco existencial, tajantemente, hasta apocar así y asado las melenas de desobediencia: triste enajenación sería además obsequiarle a la domesticación del gusto costumbres de pleitesía. Mejor el ejercicio del injerto que haga caminar a la pared pintada de horrible verde y abandonarse entre los ligamentos de la mandíbula del mar.

Mejores metrobuses he asesinado a lengüetadas de cochino.

Caracoles pesadamente elaborando su concierto en una madrugada lluviosa en las inmediaciones del edificio central de Radio UNAM.

La escultura siempre es corrupta porque producirla es cara, siempre se desarrolla asociada a un poder económico definido, que suele pagarla como autoelogio, me confesó alguna vez la artista plástica Iurhi Peña, tal vez sin ubicar necesariamente en la acusación los monumentos de desigualdad del chihuahuense Sebastián.

Un ángel enmascarado sobre una esfera cobriza en la Secretaría de Relaciones Exteriores para dominarlos a todos.

A la habitación de los sueños en la colonia San Miguel Chapultepec la reconocerás por su custodio: un poste de hormigón semivencido. Métete.

La gordita de chicharrón escoge nacer, tú eres sólo salvoconducto: sacerdocio del maíz al maíz.

¿Oficio o desliz?

¿Oficio o el asalto de la saturación, que tras guardarse comienza a sacar sus pantuflas de menta hacia la luz?

Con prisa, conquistar una almendra por su vientre escurridizo lindamente hallado tras la operación tenaz de una muela.

Oírla a ella enfurecer porque en el mundo hay capuchinos.

La institucionalización del ser, sí o sí, reventará el flujo de arañas discurriendo en las nervaduras de flotar. Quizás hasta invisiblemente. La institucionalización es poder; luego, prohibición ante los panes de la otredad, frente a las humedades

infantiles de hallar el hongo, la raíz arbórea, la distracción polémica, el dolor en las rodillas.

Máscaras zacatecanas para escalar pared.

El asfalto se hará flexible para abrazarse con la corcholata.

Una Alhambra de papeles arrugados en torno a mocos infecciosos para gobernarlos a todos.

Porosa rotundidad.

La radio es la institución localizada en algún edificio y también los coyotes que fomenta.

Me he desconectado del fervor permanente de oír encadenarse arbitrariamente en el interior la belleza de la vida con sus misceláneas desfilantes. Hay que reubicarse a través del oído, de dejar la espalda en el suelo, de la observación obsesiva del adoquín, que podría derivar en la epifanía, el adormilamiento o la nueva distracción generatriz: todas legitimidades del cuerpo.

Del balbuceo brotará dios como una trenza de saliva.

Bolillo duro, arrinconado, porque el tiempo es inclemente. Comerlo porque la lengua es creativa.

La proliferación churrigüesca, tan viva en la visibilidad cotidiana, entró al hogar por una servilleta de las tortillas.

Los faroles han desaparecido, sólo quedan las pieles y los hígados.

Llorar para que nazcan los pies.

Tocarse la cara hasta desaprender la palabra *ámbar*.

Unas franjas de pollo descomponiéndose para dominarlos a todos.

Si no lo puedes hacer, no te preocupes más: el caballo de Turín llorará por ti.

El hueso es para agitarlo.

Aquí grito de amor, afuera de susto.

Imitación del charco donde seas el renacuajo.

Voy a estar sintiéndome aquí arriba, aquí abajo, perdonen las gusanerías, los escarabajos, los helicópteros de helecho, las mandíbulas en los insultos, el fulgor del pecho escurriéndose hacia alguna parte, con pesada fealdad, con saturada realidad, con un tendón y sus hormigas.

Bellísimas servilletas rotuladas con la identidad de tu negocio para dominarlos a todos.

Lo poético sucede como un baño maría burbujeante de discreta cocción entre el temblor de los autobuses.

Que los tambores se están embarazando no necesariamente convida a tu flotación, primero encuéntrala.

Tortillas para huir.

Volver a encumbrar el elogio del mestizaje es tan urgente como chocante, obvio, defensivo, necesario.

No se insertará en la realidad está víbora del agua; hervirá, en cambio, su medio para poder eruirse como viola sobre la mesa.

Si te besó la puerta de ese automovilista con su egoísmo,
devuélvele un helecho gritón.

Permiso para lamerse el brazo desgarrado con un trozo
puntiagudo de taza de porcelana.

Estatuarios por falta de las ofensas del agua.

Se balancea, dormido, el joven pestilente en el vagón del metro.
El silencio de los otros es respetuoso.

Sin amigos no hay carrera literaria porque las oportunidades son
una mafia.

Todo transido de músculos que no entendieron las voluntades
restrictivas del colchón, las formas fijas metropolitanas de soñar
en cuartos.

Al fondo de la Calzada del Hueso, en los días buenos, se distingue
el volcán del Iztaccíhuatl.

Quesadillas de hongos para las expediciones.

Estuvo malo pero en acuarela.

El enamoramiento imaginario será más nítido y sagaz que
el carril exclusivo del metrobús, confía en mí en esto y óyelo
espaciosa, ceremonialmente.

La persistencia de un paseo, del vaivén del cuerpo y sus ritmos
posteriores en el habla, en la notación; seguir a la rana con
mediciones de lengua, con criterios de menisco en licuadora,
con aseveraciones de confusión por jardín, por tlacuache
parsimonioso y bamboleante. Desde cierta perspectiva, queda
mal comprender al mundo desde el juicio íntimo, intransferible;

desde otra, otra cosa es imposible: ver para comer lo visto, en una integración afortunada pese a ocurrir tan cerca de la bocaza del metro Copilco, de las trenzas chocantes del comercio en el Parque Delta, en las obsesiones interminables y autófagas de la exhibición.

Si la locución se extravió, con sus devaneos alguna piedra redondeará; cuestión de paz, de permisión, de abandonarse en lago.

Ese saxofón se disfrazó de edificio.

Cansancio ilocalizable, pero preciso en su humedecer el dolor de espalda, en su florear la vértebra; ser en el cuerpo, luego anotararlo descuidadamente, entorpecido de huesos.

Obsesiones de perfectibilidad no autorizan la religión de la babosa, donde hay que distraerse con la vibración chilaquil.

¿Estamos seguros de que nadie me debe dinero?

Con menos chinches también me habría iluminado.

Locales de venta de pastes hidalguenses para enamorarse, donde no obstan las moronas de hojaldre esparcidas en el piso ni el tufo de orina.

La flor de calabaza podrá cachetearte, te lo juro, toda vez que te entumas.

No pudimos jugar y el pulque nos lloró, respetuosamente.

Se nos ha ido achicando el lodazal, medio moralmente empedrado.

Una parte de ti es olorosamente Júpiter.

Borrego disecado en los tacos de barbacoa de la avenida Carmen Serdán, puerta eres: ora pro nobis, vístenos con tu suéter, déjanos llorarte muerto, acariciarte, sentirnos juntos sobre el asfalto que quema.

Detenerse en el detalle porque la vida merece no sólo reventar contra las lesiones del calor; detenerse en la grieta alternativa de los tejidos cerrados del pavimento.

Persistencia del mosquito: sobre cómo vivir.

Una carta de amor necesita mandarinas, una bolsa práctica para cargarlo todo, una tortillería que no cierre tan temprano, un ojo de agua contenido en un bache que resplandezca, una palmera en una llanta, un frijol erguido, comezón en los ojos, improvisación para aceptar como obsequio una caja, improvisación para escurrirse en las moronas peatonales que deja un semáforo, petróleo pospuesto para comer vainas de soya enchiladas, pequeños ejercicios de enterrar dedos en los vientres para escarmentar cariñosamente, un ramillete de gatos, una rebeldía permanente de gatos con mandíbula desmanteladora, una triada de sartenes suficiente para alcanzar algún éxtasis con aguacate, aunque falle la sal, un mueble calentado planamente con una perilla, alguna suficiencia aunque falte el agua, alguna voluptuosidad aunque rebote en baldes de plástico, cada día más o menos más.

Amandaríname.

Del miedo a la ausencia del abrazo surgirá una sandía artificial capaz de sangrar, en ocasiones, su miel.

Los panes desafían a la forma.

El señor que barre las calles me confesó que guarda su dinero con la muchacha de la zapatería y que estaba tomándose una cerveza con el de los periódicos.

La neurosis del perro enjaulado podrá perdonarte, únicamente ella podrá lavarte los hombros, así que trátala con respetuosa calma.

Una habitación en la frente toda vestida de epazotes.

La tonta crispación es sincera y deja pasar al conejo gigante de la emotividad, que se apresura a romper columnas con el espasmo irreductible de sus orejas.

La vida también esperará a que acabe la hora de trabajo para ejercer, pero no le haría falta.

Iracundia automatizada quizás revela el magma de no saber vivir. No saber vivir permite descubrir cómo comer tréboles con los ojos aun en la apretujanza del jardín empiedrado por jardineras de concreto.

Habría que conjurar a la sorpresa cósmica, como facultó Gonzalo Rojas en asalto por Valparaíso, sin desdecir las bocas horrendas, sin anularlas: en la apretada integración incómoda de los seres, las moscas y sus vilezas.

Huitlacoche por asalto.

El funeral descoyuntado de un elefante para dominarlos a todos.

Una fuente sucia: vida.

Precisar con varia nueva invención el nombre del mundo, en el ritual bíblico, esta vez empobrecidos por las dinámicas

ecocidas del capitalismo multinacional, esta vez tamizados por las miradas quebradizas y fermentadas del tercer mundo: testigo de la deformidad procurada por la experimentación de enriquecimiento.

Las utilidades han subordinado a la vida, le dice el mosquito a la fruta antes de adormecerse en su aroma.

Definitivamente, no he estado pensando; sólo me dejo gorgotear en la saliva quemante de la inestabilidad del pecho, que recuerda al pie de los edificios del Multifamiliar Tlalpan la posibilidad de encontrar una risa a bordo de una bicicleta.

Un dolor en la muñeca y una costumbre de legañas para dominarlos a todos.

Una lagartija de plástico atada a un hilo: de algo hay que rascarse la pasión.

Tlacoyitos atados en una armadura de papel estraza. La salsa es la rebeldía, y escurre.

Angustia para habitar un edificio. Varilla para sostenerlo.

Un cocodrilo para justificarlo todo: personal, en la bolsa, de mandíbula pertinaz, en vuelo por agua.

Se desvaneció la televisión y ya no pude dormir: perdidas las leches de mis meniscos en un rito de obligaciones electrónicas.

Agusanado balde de semillas de girasol, ayúdame a dominarlos a todos.

Para aglomerar especulaciones se necesita especular abundantemente, en variedad de escenarios, hasta acumular la

argamasa del grito, hasta arrojar sobre uno y los otros el magma resultante. Para descubrirse idiota en el ejercicio de tronar verbos hay que cometer primero el ridículo.

Afuera de la bolsa se erotizan los gusanos.

En el principio fue la espalda, luego la flama, luego el verso, luego la mandarina, luego el agua redonda y luego ya el verbo.

Una fortaleza de mocos, un delicado equilibrio circundado de papeles arrugados, cohesionados por el poder oloroso a infección de los mocos.

Los ojos todos comidos por la luz encajonada de la computadora también podrán llorar a las llantas desaparecidas tras su desgaste interminable contra el asfalto.

La invención de una mitología por instauración relampagueante admitirá todos los agujeros, todos los entrecruzamientos, todas las interrupciones propias de la santidad neurótica, de la vivencia transformadora que convive con los vagones del subterráneo: canales de ahogo y sudor, pero canales monumentales finalmente.

Con descolgada impaciencia por habitar el sombrero de paja destaparé la turbiedad de este fregadero que alberga maíces, chorizos y cebollitas. Ecuménicamente.

Una trompeta toda violenta, vencida por la mantequilla.

Una sonrisa como de langosta de ilustración que con una tenaza sostiene un tarro de cerveza espumosa y con la otra invita al bar de la colonia Obrera que garantiza ambiente familiar mediante el rótulo de una rubia joven madre que abraza a su bebé mientras los borrachos cruzan la puerta rumbo a las manitas a la vinagreta, el caldo de camarón y los totopos con frijoles



sempiternos en la lista de botanas que con renovación diaria va invadiendo los postes aledaños a aquel centro de descontrol, música ranchera y sal para encontrarse la infinitud en el estómago.

Una bicicleta hacia adentro.

Una bicicleta de barrio.

Una biblioteca con sus humedades erguidas.

Son gusanos de nuez escalando las charolas inclinadas de una camioneta permanente en la calle Papatl, en el barrio de Santo Domingo, Coyoacán, y se travisten de pan de feria.

El helecho sopla para que renazcas.

Nací y después discerní que faltan rituales en la Calzada del Hueso. Allá en el fondo duerme la mujer dormida.

El abrazo inventará sus conceptos de archipiélago o no será.

Los abalorios los dispongo en una danza permisiva de la fragmentación, en un atrevimiento abiertamente gratuito, visiblemente invisible. El hilo es usted.

Pienso en dos momentos hermosos del cine de Werner Herzog: *La caída de Juliane en la jungla* (2000) abre con un paneo sobre maniquíes de rostros rotos para comenzar a relatar la historia de la superviviente de un avionazo en el Amazonas peruano: la dignidad de las caras rotas, de los rostros fracturados; y *En el camino de la muerte* (2012), conversaciones con estadounidenses condenados a ejecución, cuando Hank Skinner relata que fue suspendida su ejecución minutos antes de cumplimentarse, luego el cineasta recorre con la cámara desde un automóvil el paisaje que pudo ver el condenado durante la andanza entre el centro de ejecuciones y la cárcel: el paraíso de Skinner, le llama.

Tu Coatlicue se hizo robusta alcachofa y desde entonces vivimos para aproximarnos a tu lucidez ritual, tan tiernamente hinchada y paciente.

Un gato escultóricamente dormido sobre una borrega para dominarlos a todos.

Comerse ya la maldita naranja; ya, pero sólo después de los carcaj musicales, de las inmensidades irreconocibles de la dilación.

Visitar la vida disfrazado de planta. Zumbidos prontos.

El enigma multiplica las oportunidades de lectura, no resuelve sino que convida a la especulación, a la inexactitud que convenga

y, luego, resulte inaugural por expandir, con sus sinuosidades, el mundo: esponja navajeadada pero respiratoria.

¿Puedes comprar un paquete de tostadas y no comenzártelas a comer?: ¿qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa con la espada en la mano?

El zancudo busca a su gato para nacer en la majestuosidad de la batalla.

Son jarocho contra la presión enlatada de trabajar para vivir. A ver si puedo trovar o a medio verso me quedo.

Confío en que seguiré llorando.

Un piojo que camina descubre también la arquitectura monumental, quizás extasiado, amplio de pecho, con lenguas de color corriéndole el espíritu, no quieras desentenderte, terco.

Afilar cuchillos, ser domingo.

¿Tengo necesidad de escribir de mis hongos en los pies, hacer confesión? ¿Yo, que hasta ahora más o menos he imaginado el ejercicio literario como la oportunidad del escape trascendental, la realización por desprendimiento de atadura? ¿Pero la confesión no, también, alivia el pecho y vuelve al ente más real, dotándolo de un habla que localice y, luego, comience a comenzar la realización? ¿Escribir para sobarse el miedo enroscado en torno al pezón, en perfilación del coatí propio interior?

Sólo imprecisión para redondear a la alcachofa, acercársele en la danza de las hormigas: la pasión del tótem y el deslumbramiento de sus allegados.

Nada sino la delicada solidaridad podría hacer vivir estos huesos.

Un reino de botellas de plástico para erigir una pirámide y desde su cúspide reírse del orden del abuso.

Los Simpsons, contra lo que pensábamos los niños de mi generación, aprendieron a merecer su irrelevancia.

No hubo autorización, sólo acariciamos la tripa.

Esta tierra bailará nuevamente su fe.

Yo no le robé el aliento a la tarde, fue la estatua de la pantera.

La neurosis te arrebatará tu lagarto y tendrás que recuperarlo entre la paciencia de los bancos desnivelados de los caldos de gallina emplazados en las inmediaciones del Estadio Azteca.

Te juro que en la pared también escalaremos el culto acariciante en torno a tus costillas.

Quizás darse humanamente es suficiente, quizás al gesto lo anule la vorágine del concurso de mercado.

Latiguar a los mercaderes del templo olvida a sus familias, su búsqueda imperativa de calzado.

Grave el abandono con saliva en que te duermes y te abrazo mientras preguntas si ya no va a hacer calor.

Un peludo durazno nalgón para dominarlos a todos.

Este techo suda. Tendrás que estar a la altura de su dignidad.

Tiene que haber algún estado de inspiración, alguna liviandad pecosa, nevada, alguna comezón de vórtice natural instalado junto al bóiler, en oposición, como para poderlo rebanar.

Lo demás es confiar en las frutas, en su pudridero y sus

moscas: escurrimiento vivo.

Meticulosa relación de las trufas, los leones marinos, las piedras heridas que habitan los segundos entre mi hocico y la albóndiga en el cuenco de peltre.

El grito no terminó, nada más devino cordialidad.

Todo lo que gotea es mío, respeten.

La sardina quiere que la lata se abra hacia el mar, halló el poeta sueco Werner Aspenström, y he fallado años en repartir su poema como calcomanías pegadas en las ventanas del metro.

Cierro los ojos y la computadora se los sigue comiendo adentro.

Un tentempié fundido para dominarlos a todos.

Cabezas de algodón esperan mandíbula aunque no lo vean claro, inmersas en la supervivencia, en el distanciamiento de la bruma, en el bamboleo.

Ciempies porque el acomodo de moléculas ha sido espeluznantemente preciso.

Competencia de apios en vaso de michelada: brevedades actantes.

Zapatos de saxofón para caminar un atardacer robusto en el Centro Histórico: permanente persecución de la postal propia, de los cuadros de la intimidad.

La indispensable huida, la indispensable transformación de las limitantes en aletas de cochino, en membradas paletas para cucharear jugo y atiborrarse las circunferencias de la

boca: aquí no se puede ser, hay que hallar el territorio con los sonidos persistentes adecuados, con la imaginación persistente adecuada para seguir mordiendo las confusiones de la noche, las simultaneidades del temblor mental ante la belleza de la mojarra.

Estoy viviendo; es decir que lloro cuando veo un piso mojado.

Un caracol indolentemente pisoteado por la torpeza urbana en una tarde de lluvia en el Pueblo de Xoco para gobernarlos a todos.

Vivir adentro de la novela, antojadizamente: las irónicas extensiones del hueso, que niegan simultáneamente en el exterior al hueso que florecen al interior de la cosmovisión autónoma.

Los gringos en el elevador, pesados como globos acostumbrados al dominio. Los mexicanos hacen fila para saber si pueden vender unas monedas a un anónimo coleccionista estadounidense. Un señor hace una encuesta: ¿y usted cómo se enteró de esta oferta? ¿De qué sinuosidad social acabamos de ser parte?

Liberar el estilo sólo traerá problemas.

Lo que no resbala no puede encontrarte.

Hubo que imitar, sincopado, el timbre de las torniquetes electrónicos en el transbordo de la línea 9 a la línea A en el metro Pantitlán.

Cosmovisión con doble tortilla y un huevo cocido. Arroz preferible en rojo.

Una anciana pregunta en una tarde de lluvia cuál es la ruta correcta hacia la panadería.

Veo cómo se me abarata la oportunidad de consagrar el pepino flotante por andar amándome a prisa, encapsulado.

Un mayor caos verbal: una más ancha pasión por las arquitecturas derretidas, por las suposiciones de tentáculos tangenciales.

Un organillo ignorado en el centro de la Ciudad de México para gobernarlos a todos.

Los muchos pagan para que la panza de los cuantos crezca y los desprecie.

Un poema para recostarse, revelado imposible por las dentelladas de Tacubaya.

Tocar la lejana cebolla, lamer la supuesta guayaba.

Si nací, estimo definitivamente que tendrán que acompañarme.

Una especulación financiera toda vestida de lágrimas proclamadamente urgentes y un gato que se duerme en las circunferencias del árbol.

Ni siquiera sé qué estoy tirando, pero ya se cayó.

Repetir es amar alguna obsesión notoria, quizás. Descuidar es legítimo: piel humana.

El museo de los mocos se reparte en salas de pañuelo caprichosamente distribuidas sobre el deambulatorio que supone la mesa. El vino te ayudará a ver.

Un queso junto a un cuchillo. ¿Quién vencerá?

No hay sabiduría, nada más pincel chimuelo y su invención,
siempre en falta.

Flautas de carrizo para habitar la piedra urbana.

Toda oficina requiere su dragón de papel.

Esta iglesia carece de impertinencia, quémela.

Un atadito de tlacoyos en una bolsita para gobernarlos a todos.

Aquí nada se completa. Allá en tu casa tal vez.

El lodo se tragó la nada amurallada.

Seguidores del Cruz Azul pasaron por la casa inundándola de
tambora y trompeta.

Sistemas de falsas oposiciones: ligero ánimo de integración,
discreta serenata. Un pecho que hable.

Era basura industrial y era también un tambor y un anfiteatro
convocante.

Buscar nopales en la fonoteca.

Jaime Woolrich tuvo que desgranar, asesinándola, una guitarra
para consumir la ceremonia de bautismo del eje 3 oriente.
Cafetales ubica así su primer aroma.

Al maguey lo descoyuntaron las brazadas del urbanismo, pero
mismamente meditaba solitario en su templo de camellón.

Debajo del espejo no vi las llaves de la pasión y dejé de creer.

El gato te pedirá todo y a cambio te ofrendará todo, sólo déjate llevar por la ternura de los muslos de imprevisto habitados.

Voltrear el nopal y ver el cosmos como una herida de carbón.

Todas las tonterías únicamente nos llevan a tocarnos.

Todo triste trolebús que atraviesa la ciudad hacia Tláhuac y el cansancio necesita su jaranero apasionado con la garganta borracha a las dos de la mañana, qué bonito es volar: cuatro pesos para ver el mundo.

Un trapeador desgarrado para dominarlos a todos.

Una sincopada simulación del mundo, un libro mordisqueado por el gato negro más amado por su madre, una promesa de arcoiris, una conflagración felina en el árbol, una lata de lápices que entrechoca contra la pared, un frío en la pierna, una sonoridad por huesos, un pizarrón: las oportunidades de la distensión magnífica, del hallar el cuerpo, del derroche discreto en la punta del glande, de la electricidad.

Prefiero la ternura, resplandor de la carne, a cualquier otra oportunidad del diálogo.

Sólo le pido a dios que la belleza gráfica de las tarjetas de presentación de las lavanderías de barrio no me sea indiferente.

Asalto por bruma, por confianza en los ecos escandalosos de un botellón de agua golpeteado, por antojo de ruptura, de pie quebrado. Una rama se troza por inicio.

Pastos inaugurales en la catástrofe ambiental.

Adecuada cabra en la cabeza, flamante pez flamígero en el pecho: bendigan.

Hace mucho que esta antena no significa nada, tendremos que tatuarle animales.

Robert Fripp se envolvió en Brian Eno para que contemplaras en su plenitud a tu toronja: concéntrate.

En tremenda cópula fueron halladas sendas bolitas de helado de piñón y de café capuchino sobre un adoquín polvoso, ruinoso, indigno de hidratación, de las calles de la Ciudad de México. Se procederá en su contra conforme al marco legal vigente, informaron las autoridades.

El río en el mapa: promesa de emociones, de delirios urbanizados.

En una de las paredes de piedra que flanquean el río Mapocho, en Santiago de Chile, se pintarrajea una consigna, una lucidez. La frase es ensayo, ironía, resignación tierna y descubrimiento: “Encuentro latinoamericano de la soledad”.

Ya me voy a morir a los desiertos, con la incerteza de sentir.

Una cruz de madera de la más corriente para electrocutarlos a todos: un toquecito de integración unitaria en torno al montículo de tierra. Un toquecito que adelante las sensaciones de la descomposición orgánica: la vuelta al cosmos. La cruz es una metralleta.

Si alguna vez hemos conversado, ten la seguridad de que me enamoré de ti.

Al fondo de la apretujada calle, un fulano chifla, agita los brazos e indica con ayuda de un espejo si el coche de acá o el auto de allá podrían pasar sin reventar la posibilidad de un flujo más o menos armónico en las callejuelas que unen al privilegiado barrio

de Coyoacán con el urbanísimo y violento Pedregal de Santo Domingo.

A cambio pide en silencio una moneda.

Hay que pausarse hasta oír sangrar a la cactácea.

Pastos para desdecir el giro afectado de la pared recta.

Inquieta silla volante, enséñame a vivir.

Era un violín dentado y amenazaba con una ternura desarmadora, anunciadora de colapsos en el esqueleto del alma.

Si me abrumo, también ya te quiero ver.

Amarte a través de los pambazos y las tostadas de pata de la señora afuera del oxo: que me perdonen por este día los muertos de mi felicidad.

Confiscado por un refresco de naranja, triste pero sinceramente.

Heredar agujeros, sublimarse en corcholatas.

La dignidad pétreo encontrará a su niño que la apeste con orgánica mierda entre las piernas.

Atravesar un mercado por la vibración de sus mariscos.

Alguna vez, involuntariamente, doné la cuenca que formaron mis calcetines abandonados en torno al lavadero de la azotea para que una familia de cucarachas proliферara su derecho a la tibieza.

Adivinanzas por lectura de la constelación de Ostión.

La imagen soleada de perritos de la pradera recorriendo los agujeros que cavaron en el jardín de la biblioteca para gobernarlos a todos.

Era un castillo forrado de tela para que lo escalen tus gatos.

Moscas de fruta arremolinadas en mi alcoba, fundemos una iglesia.

Mandarinas insultantes que en su polvo te gritan: estás viviendo mal.

Para evadir llorar, cantamos andando en bicicleta. Sácalo.

Las rutas de la canela a veces desembocan en pulque.

La araña no necesitó tu mirada para volver a vivir, cuajada sobre una mazorca de sus víctimas engrosándose entre la telaraña.

Esta computadora está llorando. Sus lágrimas tienen forma de ventilador. Vive, al menos. O me confundí de hacienda.

Salió de aquí, del pozo de mi corazón, y repartió puños de cal para montar una pared. Pero la cal hizo andanzas y se perdió enredada en el aire como los arabescos del polvo.

Una bocina con bachatas levemente atada con agujetas al puesto de bolear zapatos en la esquina de Municipio Libre y Cuauhtémoc para dominarlos a todos.

Era una feísima lavadora, pero estaba flotando, estaba cantando contra la anuladora necedad del ladrillo de hormigón bajo sus esquinas.

Un tendedero como un arcoiris de pesadas mezclillas.

Para aglomerar especulaciones se necesita especular abundantemente, en variedad de escenarios, hasta acumular la argamasa del grito.

Un prolegómeno permanente que, más temprano que tarde, asome pelos.

Nos unirán las llantas y su recuerdo de caucho quemado, al menos.

Interesante agobio, tómallo completo.

Conoce a los estetas del engrudo y escúchalos.

También nos podría suceder el enamoramiento entre preguntas organizacionales en los hoteles de paso de San Cosme, lujosos y blindados como que ahí los crímenes prostituyentes sueltan balazos, y entre las quesadillas con salsa verde de su mercado que no conocí.

Llegó la noche, pesada e inmediata, y no me traje.

Mañosa liendre quería vivir. Únicamente vivir, si no nombramos sus sueños catedralicios, jabonosos, divergentes.

La astucia, apego de vivir con fanatismo de agua, configura al polvo y le desnuda su santidad.

El eclipse también puede verse por la computadora.

Estos melones reposarán las décadas hasta que te los comas. Luego olvidarás, mas llevarás semilla en las entrañas. Dormirás curvo.

Es agua y se asoma con su crestita iridiscente. La lengua la percibe primero.

Al fondo de la visión en esa playa hay una roca en forma de elefante.

No sé si salir hacia la cuenca de la diversidad olmeca, las resonancias en torno a Papantla o a una música más modesta en Ticomán.

Demasiado breve la prevalencia del hueso como para censurarle su oportunidad de reunión mestiza, su amancebamiento con el aceite y el pájaro dormido.

Vive sin esquivar acariciar de los garbanzos la sinuosidad de sus nalgas primitivas, minúsculas, discretamente maquilladas bajo el chile y la bolsita de plástico contenedora.

Cazar harapos de algodón de azúcar para refrendar que el mundo vive.

Una copa del mundo plástica sobre una manta en el piso para dominarlos a todos.

El pecho exhibido será incómodo por lo que refleje.

Alguna vez tratamos de evaporar el mole rojo, hasta que descendió entre trombones sordos el ángel y nos destrabó el entendimiento.

Sobre las incertezas contaminadas, parchadas, ruinosas del eje 3 oriente, el cocotero embarnece como un lujo.

Por ritmo, ese traqueteante perro de papel mascado arrancará al espacio su legitimidad.

Perseguir la chuleta vuelve a la gente insincera: la sumerge en la sinceridad insoslayable de trabajar para ganar dinero y vivir.



Muerte al sistema por envenenamiento espiritual: una bondad infecciosa.

Los traidores también lloran y simulan la dulzura en una canción reposada entre páginas amarillas.

Una heráldica quebradiza que no rehúya la admiración por el chorizo.

La caracola no afina, nada más te enmudece con su viscosidad.

Bautizar la bicicleta por el consejo de una mujer: eso es la vida.

No quiero llegar a mi casa, quiero sentirme los hombros con la ayuda de los dedos fríos de una cerveza.

Juan Gabriel autorizó el entrepiso de esta cantina, redondeó el aroma del amor de sus tapancos, y vomitó el espejo.

Volver a uno mismo sin haberse ido de uno mismo nunca, ni por un instante, ni por un panorama de confusión, ni por un extravío prolongado en territorialidad oscura. Volver a uno mismo habiendo sido siempre uno mismo: la elasticidad del sufrimiento, la elasticidad del transcurso. La piel móvil que chispea Cuernavaca al mirar Cuemanco. Volver a uno mismo transformado por no haber dejado de ser propio, pero por abandonar por tramos de ruido los engaños encajuelados de la normalidad, las simulaciones de la repetición. Volver a uno mismo con un helecho en la cabeza.

Decreto irme, sólo me falta vivirme la lengua en las corrientes del oro; uno, claramente, comestible e indeciso.

Se puede ser grave como el Allen Ginsberg de “América” y dejar de ser grave en la misma línea como el mismo Allen Ginsberg en “América”. Enunciarlo me quita puntos.

Cuatro gatos que rondan el corazón cárnico de una jacaranda.

Bailaremos con tu sombrero de nopales hasta que las rodillas canten.

¿Cuándo podré ir al supermercado y comprar un pollo sólo con mi aspecto?, le pregunté en una ocasión a un geriatra. Todavía te falta, me dijo.

La apropiación será intestinal, gástrica, ácida, hiriente; o imposible.

Los edificios comienzan a ser propios cuando en sus entornos amamos. Luego, tomar el Viaducto, Churubusco, Pantitlán, San Cosme, Félix Cuevas, Álvaro Obregón será doloroso.

Hundirse en la cordillera, hallarse el talón.

Este estómago podrá soportar una o dos aberraciones solamente antes de convertirse en bolsa de la llana frustración sin esparcimiento de humedades.

El cuello se me visitará de verrugas como enseñó mi padre. Árboles extendidos en una ruta enredada hacia la muerte.

La poesía es un entrenamiento rumbo al horóscopo.

¿Y si en sentido contrario también padecemos frío, qué corresponderá sino acariciarnos?

Un bostezo inaugural por donde escape del estómago al mundo el duende. Luego verás derretirse los bolardos y excitarse los semáforos. Los periódicos serán los únicos que permanecerán fieles a su frenesí.

Sinuosidad de vocal extraviada: la consagración del hallazgo como gratuidad, como don de toronja y granada hiriendo la calle.

Esto es un andamiaje, una arquitectura puramente imaginaria.

No olvidemos que la imaginación más delirante también debe incluirse en la canasta básica de la liberación colectiva: buscamos consolidar la justicia social, que lleva aguacates a la mesa, tanto como el derecho a la poesía, a poseer los oscuros dolores de pronunciación exquisita del peruano César Vallejo. El derecho a la poesía debe integrarse a la agenda radical.

Ni la monumentalidad de magisterio del lunario sentimental es para tanto, no por falta de pecho palomo en el cosmos de Leopoldo Lugones, sino por la obligada humildad de la impermanencia. Mejor repartirse en silencio, volverse a enojar con transparencia, olvidar el habla, consagrar el balbuceo, herirse con vino y rasgar una pared poquito.

La tecnología de sonar se mira arácnida en el sistema de aperturas y almohadillas de un clarinete o un saxofón.

Un gato exhibe el ano impudicamente. El gato no existe, es sólo un dibujo en la pared. Su cinismo, en cambio, es contagioso.

Había que arreglar el instrumento, y me tardé.

Tu cabellera era el ritmo y te temí, pero también me contuve y pude acariciarte.

Un cangrejo se come la pata del otro en un restaurante de comida china sobre la avenida Chapultepec; su víctima reposa pesadamente recargada contra una de las paredes de cristal de su estanque. Una fuente irriga agua para asegurar su continuidad y evitar su pudrición: los desgarramientos de la espera.

La lengua hallará su misterio tal vez alrededor del pico de una botella, tal vez lamiendo el salitre del muro de contención de la carretera, tal vez olvidando las distensiones de la enunciación.

Asustado, saturado, atravesado: siendo.

Confirmando vida por dolor reptil en el pecho.

¿Y si en las oficinas sucediera la sublimación salvaje, radical, la instalación monumental del satélite íntimo, el cactus intersubjetivo? ¿Sudarían entonces agua los adoquines?

Este tejido envejecerá hasta que tú escapes a tu ruta, entres en el estante de los intercambios, tomes la calabaza correspondiente y escuches lo que de sonaja hay en mí y te circunda como las hormigas a las bocas del pan.

Un almuerzo de tostadas con jamón, crema y rajadas enlatadas para dominarlos a todos.

Con gorra o sin gorra sigues siendo continental, geomántico, distraído, amoroso, miserable.

Nada sucede sino las ganas de romper la cabeza de la obediencia para que salga un poco de inconformidad purulenta, de viscosa ira que babea: grumos de tensión orgánica contra los encierros a los que obliga la supervivencia.

Salitre para encontrarse el paladar.

La cuchara también te teme a ti.

Un mercado que muere apaga sus velas y una vibrante porción de ti calla para siempre, te des cuenta o no, lábilmente sustituido en tus entrañas por una vulgar nueva función.

¿Qué le otorgará su arteria legítima a la proliferación del ejercicio imaginario que va agrietando la unidimensionalidad impuesta por el exterior dominante, como acusó Enrique Dussel, sino el ejercicio persistente del estómago y sus ramas, la suma de oportunidades que recoja la punta rota de la iglesia para insultarla con musgo, el dedo que hace pedorrear a los labios, la comezón que avanza como jaguar sobre el ombligo, la necesidad de ser entre banquetas, y el abandono de la solemnidad para preconizar las campanas del sarcasmo que lo que no derriten lo dudan?

El cielo se rompió en zanjas, en distintos colores, por si tu pecho pudiera dudarlo.

El terremoto también dobló la trompeta.

Clarinete, palillo estilizado, bambú de la sofisticación, ora pro nobis.

He olvidado mi radical roedor.

Sentirse diverso en un paseo por los jardines de la plomería: orquesta de llaves, como las de música, y armónicos de cobre.

Marcello Mastroianni tuvo una hija que lo mira hermosamente, chismea en impúdica transgresión de la intimidad del amor una fotografía.

Globos de cumpleaños para simular las oportunidades del estallido, de la vivencia, del musgo en los ojos, de la carencia absoluta del mazapán trascendental.

Las emociones que no se dicen se fosilizan y amanecen sobre los ojos como legañas irritantes.

Una pausa perfecta para dominarlos a todos.

Mi corazón roto aprenderá a lamerte las mejillas, los párpados, la piel posterior a las nalgadas; un cielo para deformarlo y que tengas una cuchara de madera.

Ayer me pareció ver un mapache en Villa Coapa.

Maravillosamente escrita, de una belleza ígnea, tu despedida nostálgica del mundo.

El eructo creció y se hizo cerro en forma de pingüino ante los ojos.

Los dientes eran el piano y a la iglesia a su alrededor la sostenía la envidia.

Un casi desmayo por saturación de vida.

La piel sin abrazo llanamente duele: un dragón crispado que se levanta con su pesadez de huesos inmanejables.

La araña tiene brazos de peluche o es tu miedo el que la infantiliza para soportar su imagen horrible desde su oscuridad y su compleja locomoción.

Un devenir heterogéneo para gobernarlos a todos.

Flautas de hueso milenarias: presente.

Había una estación del metro y en el fondo un templo resguardado gruesamente por jardines. Y una inabarcable soledad.

No conozco al conejo, solamente lo supongo mentalmente. Rebosado y brillante, nervioso y pertinaz, portón a lo sagrado y a lo sangriento paralelos.

Imaginar es unir lo que la mezquindad segmentó enrareciéndolo.

La invención de una mitología para habitar las facultades musculares de este episodio hacia la muerte, para dibujar bigotes con pastos en el corazón, para travestir de intensidades espirituales las tortillas sudadas de los tacos de canasta y de pericias de flotación a sus persecutores plásticos azules.

No basta, claro, con enojarse maravillosamente entre aderezos, ni con nada, no basta, sólo se persigue el transcurso con un ojo mientras se le imita con los brazos.

Intimidad para llegar a la laguna.

Otra vez la ternura sólo pudo imaginarse.

Una vocación tendiente a la escultura primordialmente improvisada.

Dos gatos, abrazándose durante horas quietas, se levantan. Ni sus sueños supieron.

Perseguiré el grano de luz como un ave monumental sobre los tejados de una noche incierta.

La hipnótica reiteración del canto rebosará de carne el lamento afilado, duro, de las plazas. Un ladrillo crecerá pelo. A esa torre le arderá la piel. Todo bajo un rumor de mirar la ciudad lentísimamente desaparecer.

Esto que ves es la nada futura.

Afuera de las cárceles de México se facultan negocios de renta por unos cuantos pesos de camisetas de colores apropiados para entrar a los recintos penitenciarios y evitar ser confundido

con los reos. Jim Morrison sonó en el auditorio del Reclusorio Oriente. En el vestíbulo, Willie Colón era repasado por el aprendiz de trombonista mientras una decena de presos afinaba sus pasos de salsa.

Ver un barco, imaginar morder un queso.

Llevo varios años sin visitar las grutas.

El elefante no descendió a la playa, lo supe por el pecho.

En algún lugar del mundo en eterna pesadilla un bisonte nos ama desafortadamente.

Eran los tacos de canasta de una tenacidad anónima los que ocupaban el estómago de la ciudad en mantenerlo vivo.

La carcaza de un cangrejo perfectamente vaciada por una gaviota. Un pelícano muerto sobre la playa: en uno de los extremos de su cuenca, un faro; en el otro, un monumental crucifijo, antena de alguna esperanza.

Este labio emplumado va aterrizando, va volando, quiere su sangre y se le mira sencillamente el recorrido, sólo hay que tranquilizarse la furia de intestinos amarrados.

Una quesadilla fría de masa azul para dominarlos a todos.

El bolsillo se va agrandando hasta comerse a la catedral.

Lo chiquitito monta también sus espectáculos.

Quema mis pies la tarde hecha dios nacido hormiga.

Una tristeza aterrizada en la bolsa de bolillos dejada sobre el piso.

Antes de inaugurarse, la iglesia de los payasos remojó el cilantro dentro de la cubeta en el patio de la casa.

Huaraches a dos salsas: música de úvulas.

Dueño del poder, de la violencia legal, Tywin Lannister come frutas partidas con los dedos.

La única iglesia que ilumina es la que arde, dice el reloj de la universidad, que es la pared.

Que la sangre necesita calentarse lo saben los pozos del pulque, las rocolas del pulque, las azoteas que convierten el llanto en reposos para hundirse en la luz.

¿Seríamos capaces de ver el tendedero aunque no existiera?

Corazón estrecho halla carnitas en las inmediaciones de la glorieta de Insurgentes.

Nos ayudaron a destrabar el habla; todo lo demás fue comer, masticar coladeras.

Artrópodos en la seducción mecánica del mundo: eduquen en el ejercicio de mover las cejas, relajarlas.

La marimba buscó sanarte, fuiste tú el obcecado.

Saliva tecnócrata, incapaz de arrullar un cactus.

Había el aceite, faltó el ritual de la consagración.

Un joven que vende trapeadores empuja con uno una pequeña cubeta de agua, hasta que la cosa reviente o él los venda todos. Mientras, la cubeta va gastando estómago por las crispaduras del mundo.

Corcholatas: empleados de una u otra inclinaciones de la pirámide de desigualdad comen más o menos lo mismo en las intermediaciones de Televisa Chapultepec.

No me hallo: ha de ser el pecho hablante.

De una u otra forma, el tedio te llevará al renacuajo.

Murciélago urbano, arrinconado en la franja de oscuridad que olvidaron estos dos edificios: por favor habla por mí.

En otra ocasión volví a angustiarme sobre la cal extraviada de una azotea.

Estos mensajes no serán interpretados sin los adelantamientos de tu hermandad.

La campana de la bicicleta es una manera rodeada de declarar adhesión a la vida.

Con tranquilidad, volver sobre lo aprendido para desmontarlo y atiborrarle jabalí emplumado entre los entresijos; reescribir para encontrar el cosmos de la sonoridad pensante, la dignidad de la confesión.

La torta era la convención. El charco de mugre nada más miraba.

Con bostezo milenario, las cucarachas esperarán tu comprensión.

Nubes de dar montones aunque sea para que imagines por primera vez los montones.

¿Podrá el sol moldear tu bicicleta?

Creó una fauna y sólo pedía paciencia para aprenderles las nervaduras, las membranas, las estalagmitas emocionales, los parecidos con cepillos corrientes, las homologaciones con el paroxismo humano y sus ajonjolíes, a sus miembros.

No se reía, pero juntó datos sobre trenes.

Sentir el humo al morder y completar con tortilla.

Persiste en su persecución del pastel atado y en cajita de cartón el pato de alas trozadas que redonda la jardinera a la que lo condenaron sus dueños taqueros.

La cerveza es verde por invitación a tus almas.

Un caldo de gallina con tortillas monumentales hechas a mano en el metro Universidad para gobernarlos a todos.

Los papalotes sostenían a la isla, y esto también se desvaneció, y cambiaron los escurrientes ambulantes por macetones de piedra tiesa transida de enfermo humor.

Un bar de mezcales divergentes arremolinado en una laguna para hallar las pulpas del corazón, los temores de caminar de noche, los desgobiernos de la cintura.

Dolor de cabeza: lo que no entendemos nos da una cachetada.

Por las jaibas te buscaré.

Aquella rana era, primero, inapresable para sí misma pero también para que aprovecharas a vislumbrar el destello cambiante de los granos en la tierra, las agujetas luminiscentes del mundo que se extingue.

Sobre una banca hablaremos de helado.

La hermosura misteriosa y laberíntica de la ciudad no te iluminará, no te salvará, primero hay que ser propio.

Sofocar por prescripción las oportunidades del brincoteo y sus ramas de agua podría arrebatárles arteralmente su perfume de jamón, su riesgo extensivo hacia la región de la suma del huevo con los chilaquiles, su posterior magnitud de grillo monumental retratado en la piedra.

Yo ya me voy a morir a los desiertos, mas primero te he de morder poquito el calcañar y suave la cacatúa del hipotálamo.

Exquisitamente confundido, voy a invitarte unos mariscos.

Primero derrocho. Por principio de generosidad imaginaria en contrasentido a las mezquindades tan diversificadas del exterior. Una oportunidad de amor en el canal empantanado.

No es muy caro, tampoco barato. La tripa desgarrada, herida en la transición entre ambos polos, eres tú.

Ese chimpancé enjaulado atestigua el beso en que pudiste perdérteme.

Nunca vi un jardín colgante, así que tuve que suponerlo sobre las paredes monumentales de la iglesia de Regina Coeli, en la bolivariana calle Simón Bolívar del Centro Histórico, que emprende el trote de norte a sur rumbo a la heroica liberación de los escarabajos en el asesinado río Churubusco.

Un salero para apuntalar el mango.

Solamente se puede ser sincero en la entrega al agua del ritmo de ser, del ritmo de hablar, del ritmo de descoyuntarse hasta

hallar el otro modo de la posición, las facultades de la dignidad sentimental.

Alguien tendrá que confiar en los malabares de estos elefantes. Fue así como fue creciendo la chispa.

Ser alguna reiterada vez el chanchito que persigue la zanahoria, no obstante las tristezas del entorno, los abandonos, los brazos sangrantes, los extravíos, las cápsulas de angustia explotando en el pecho.

El vómito ya estaba ahí, yo sólo modelé sus ojos sobre la pirámide.

Un devaneo infinito, modestamente.

Más de una línea de significado atraviesa el pecho del comerciante que infla los precios de sus chicharrones en la plaza pública, más de una vigencia y una legitimidad: comerse un chicharrón en bolsita es una sumatoria inenarrable, irreductible. Los niños de la fuente con las puntas de sus tenis mojadas por el atrevimiento la componen perfectamente.

Aguacates envueltos en una blusa como polluelos mientras atravesamos la montaña, después del aguardiente.

La vida es una invitación permanente a la fundación de tus propias artesanías.

Hubo que hallar la palabra más felpuda y emotiva para expresar el apetito radical de acercamiento.

El gato mordisqueó, vapuleó las tapas de un ejemplar robado de *El tambor de hojalata*. Ganó el pelo.

Queremos escribir con magnífica libertad necia, hasta que pedimos disculpas a los editores.

El cautivador aroma a jotqueics desprendiéndose con arabismo de un carrito en San Cosme para dominarlos a todos.

Aquí estoy, pensando en los pájaros que nunca he visto, no conozco, no podría nombrar y me comen.

Una frustración tan tensa que suda música cobriza, de aluminios lagrimeantes y tiernamente gritones.

La botella de agua no te salvará si no se lo permites.

A veces recuerdo el pasado de mis arañas y me siento airosamente afortunado.

Se refocila y también se queda solo.

Viva basura extiende su lengua de agua ocre.

La imagen piensa: sólo hay que abrir lo acústico en los huesos para percibirle su murciélagos.

Era Günter Eich quien autorizó comerse este pastelito con todo y los visibles nervios volcados alrededor del hojaldre, con todo y la muerte lenta, por puro apego rebuscado a la ternura y sus matizadas posibilidades de éxtasis paquidérmico.

No hay esperma en esta blanquitud, únicamente brincos de intento.

La literatura no existe sin las otredades, le recordó el último gobernador de Antioquía, Lutfallah, a su hija Mariam, y me lo recomendó una mujer en un enojo de la lucidez.

La vitalidad discreta de alcanzarse el escroto en el instante de rascar.

Nada que temer: el tambor será el beso.

Frágilmente, buscaré la iluminación en besarte la cara mientras reposas deliciosa sobre los hombros de tu sillón verde.

Sin radicalidad, ¿para qué estorbar al lector con reiteraciones inútiles, afinadas conforme a los lineamientos de la aburrición y sus obediencias cromadas en prestigio?

No había luz, pero sí había el rumor de tus calzones.

Cuando retumbe la militarización apocalíptica, habrá que volver a la admiración por los frijoles.

Esperar lentísimamente que salga el barco de los lagrimales.

El clavo se divierte, se ríe, se desnuda, se abisma antes de machucarte.

La pared se resquebrajó en el temblor y nosotros nos fuimos peleando y amando entre sus cuerdas de aire, por sus renunciadas oportunidades, llenando la oquedad con techos, agresiones, tostadas de atún, rajadas enlatadas, pleitos, el ritual de las explosiones, una lenta escucha difícil y transformadora.

El sueño que reviente al corporativismo: el que llanamente ocurre en el horario laboral. El asalto a las oficinas del control lo gestiona la saliva de la imaginación.

No había hambrientos, pero sí empanadas rebosando el horizonte.

En un camión rumbo a la cordillera, una anciana habla su idioma y no la entiendo. Me avergüenza la insensibilidad, pero prefiero ser sincero y enconcharme. Se rinde, en lentitud como la de los cerros que en unos minutos más nos verán entrar a sus fauces mientras cae la noche. En el baño cobran en monedas.

El arte no puede esperar a que autoricen el andar del mueble.

Un cordero disecado para promocionar la barbacoa sobre la avenida con nombre de mujer de la Revolución mexicana: las combinaciones del cosmos y sus obsequios.

¿Las rebeldías sagradas han sido siempre marginales? En cuyo caso, los dominantes han avasallado igualmente el gusto. Dialogar opondrá trompas.

La nariz me lagrimea profusa y picosamente porque la prisa de las coladeras me distrae de sentir: compensación por derramamiento de sangre.

En la persecución obsesiva de la uva está implicado el elogio de su redondez.

La persiana pellizca distinto a cada cual.

Un pixel visto desde la luna no se alcanza a apreciar en toda su hermosura de listones negros, rojos, de copetes honestamente brillantes.

La libertad de cambiar la be por la uvé en la intimidad de la escritura personal. La minúscula libertad.

¿Nacerá el girasol antes de que nos juntemos finalmente bajo tus cobijas?



Tendremos que romper la loza para poder disfrutar la nueva estética, para poder permitirnos el otro balbuceo, que en cierto sentido es siempre el mismo: afuera de la ruta gozan los bisontes.

Con los botones arlequinescos de tu braga blanca, forrados en púrpura, compondré una ruta de salida musical a los agobios de las reiteraciones de la burocracia.

Siempre he vuelto a dejarme intervenir, a interrumpirme por los espantos del amor, caído hacia el pelo.

Decreto irme, sólo me falta destruir el edificio.

Pescados que mueren para que podamos besarnos.

No sólo el mosquito se acurruca en la oscuridad esperando el momento para aproximarse a tu sangre y asegurar la vida en beberla.

No eran frustraciones, sino un hueso de aguacate injertado en el esófago.

El durazno ya está vencido, se lo llevó la fotografía.

Se puede orinar con gula.

Plenitud por ventana abierta con cempasúchil fermentado.

Lo difícil no es la embriaguez, sino su respaldo colectivo, transformar la alucinación en habla de muchos hacia el decreto del árbol.

Un diente podrido para dominarlos a todos.

A Silvestre Revueltas lo devoran las cápsulas publicitarias, lentísimamente le interrumpen la mandíbula y despiden un hervor rasposo que marea los ojos mientras la tarde sigue necia sus avances de luminosidad rota, descendente, acostada como un gigante sobre nuestros hombros, pero La Coronela asoma en el seno del patio imaginario su mito de pólvora: el lustroso pico de un pato que se agita para llamarse.

Todavía recuerdo el cerro que reposaba los siglos como un pingüino recostado panza abajo sobre una colina. Nunca le comí la aleta.

Dormir como llorando toda una jicama.

Los bichos viven en mí y yo en ellos, hilados por sangre.
¿Quién llegará primero a la piña total, al travestismo con

esas crestas de genealogía dura y versatilidad tan dada, tan cobijada entre las cajas del mercado? ¿Quién llegará primero a la transubstanciación en lengua escaldada?

Salsas para decorar a la gallina que murió para que te distrajeras en tu mascar los bordes del hábito, encapsulado sin mirarlo, olfato sin hojaldre.

Entre dos canciones de jitomate me inocularé la fiebre de esta playa por la nariz.

El juego interrumpido va aterrizando lesiones en el cuerpo y en la delicada membrana de la mente emocional, que volverá a la electricidad pero con espanto.

Era una jarana expansiva lentísimamente incrustándose sobre los bordes angustiados del mercado de jacarandas. Era un campesino que la empuñaba. Se puso borracho en la cantina del patio central de Cuetzalan, Puebla, se montó los hombros de sillas y se anduvo trastabillando.

Dominar un afecto para superarlo y permitir la corriente de otras aguas es la disciplina más indebida y necesaria de la vida posterior al sueño horizontal colaborativo, que dio pitayas en el marco de una cama.

Silencio: taciturnidad del labio.

Guardar dudas hasta que se recompongan como tarántula en el estómago.

Agradece a los tráficos vehiculares que desaten tu ira porque corroborarán que estás vivo en las glándulas.

Con patética frecuencia olvido la deliciosa naturalidad arraigada del maíz, tan diariamente tibio en cazuelas de agua para su venta en la calle, mazorcas untadas de mayonesa.

La desobediencia me poseyó, luego tuve miedo de las consecuencias e, ilocalizablemente, decidí castrarme. Ahora a veces me acuerdo de la electricidad de caminar con tambor sobre el andador Regina.

Con menos carcajadas alzaría un kilo de plátanos contra el arcoiris.

Una cerveza caliente para dominarlos a todos.

Estaba riendo, pero no se permitía sonreír.

Toda una vida en las venas tan crispada que te mate los ojos.

Este huevo y sus párpados esperaron pacientemente a que resolvieras amarte la carne y recogerlo.

La cascarita atorada en la garganta te quiere entrenar para el fin del mundo, tendrás que fijarte en los telegramas de la piel.

Ninguna de esas vocalizaciones duplica su representación en la nube digital; sólo confía en la funcionalidad secreta y apabullante de los escarabajos.

Morir un poco para poder sangrar bellamente las paletadas de lo tibio andante.

Era un edificio institucional y le sudaban los sobacos en forma de trapeadores despelucados, gritos y hablaturías que discretamente proclamaban: también incrustados aquí estamos vivos.



Contra otros injertos de hipopótamo y colibrí las barajas de consejos me han vacunado.

Ir al mercado a tocar cosas.

Ese sujeto ignorado reverenció a un volcán.

Vivir sin timón y en el delirio, y coordinar cuidadosamente los discursos bajo las instrucciones simétricas del sistema decimal.

Vivir sin timón y en el delirio, y esperar la hora prudente en que pueda pasar a la lavandería por mi bulto de ropa limpia, borracha de aromas de flores de plástico.

Paciente, estoico en la búsqueda del clímax como chile relleno en la pirámide de chiles del puesto de tacos de guisado.

Envidia del tesón con que los gatos se apasionan tranquilamente en comer sus alimentos.

Para que te aproveche, tendrás que devorar esos cacahuates colgándote del techo.

Dispersión mental hasta ver a la garza dominando los atavíos discretos de la estufa.

Una discreta fascinación por las pelambres, que solicite amablemente un enamoramiento flotador, de avance como berrido de papaya en la sombra.

Luego de Elfriede Jelinek hay por lo menos que aprender a odiar y ridiculizar al enemigo, el invasor arbitrario de Irak que buscaba los negocios petroleros después del bombardeo; el franco monstruo criminal que, sin embargo, reposa en paz en algún sitio del privilegio estadounidense. Luego de Jelinek, la prosa merece cualquier tiro en Tacubaya o Bambilandia.

Lo que comenzó en la calle podrá algún día ascender al coctel de camarones de Mixcoac, bolillo inmerso en catsup incluido mismamente.

El corazón reposa sobre un hipopótamo para ensayar las facultades abigarradas del viaje, escucha sus ranas, sueña con los volcanes y una noche se levanta en busca de otros maíces.

Un barroco chiquito y propio para entrar con herramientas de hambre lingual a las iglesias olvidadas entre el perfume del estiércol, los raspados de tamarindo, las piedras observadoras, los nardos, la espera del siguiente terremoto, la disonancia entre la tierra caliente y la promesa metafísica; para abismarse entre frescos y sus paralelos en las cachetadas de caramelo gritando identidad nomás afuera; para sumar pupilas en un armatoste visor irreductible con astillas y un gato desinhibido con manchas en las nariz, ¿cuántas?

Ese coro está desordenado, que siga.

Algo de lengua, planchas de frustración, resentimiento social, una afinidad celular por los tianguis y sus gritos y acumulaciones de basura fétida, para empezar a balancear las oportunidades de esta consagración imaginaria que se vería honrada si la siguen dos changos, y que de cualquier modo sucede, ovillada en una máscara con nombres corrientes: martes, viernes, telera, acrílico.

Seguir buscando la fruta real y gruesa en las figuraciones del pantano digital. Pedir luego una sangría de vaso escarchado.

El macizo tejido de la puerta aportó la solemnidad y tú acompañaste donando la duda viscosa sobre sus paradigmas interiores, quizás con serpiente.

Abandonar el sonido por miedo al escarnio: ¿qué ángel malo, inserto en dolores de los demás malamente repartidos, invasivos, se paró en la puerta de tu sonrisa?

Grano de sal vuelto arquitectónico al ser visto de tan cerca, ¿aceptarías mis huesos para sombrear abajo?

No había ritmo ni referente, sino el ejercicio inaugural del escape que, en paralelo a sus sacudimientos irritados, va coleccionando adoquines con flores y rarezas, y proliferando una voluntad por hacerse, un deber ser musical.

Con la mucosidad de los ojos seguiré buscando la fascinación espiritual, que acaricia semáforos para entibiarlos.

José Lezama Lima siempre ensayó la transfiguración totalizante, el derecho de dormir dentro de la boca del piano y fosilizar los brazos al sumergirlos en el ostión: todo peste de sal, el obelisco divinizado y la distracción con instrumentos campesinos.

He dejado que mis cactáceas se contaminen las unas a las otras, maravillosamente.

La teselación sólo se erotizará cuando te distraigas. Las nuevas invenciones de su desatención se incorporarán a los raigambres del cristal por integrarse.

Las cosmogonías descansan entre los pisos rotos de las arterias que conducen a la glorieta de Insurgentes, donde uno se sumerge para desaparecer. Las cosmogonías pacientes que, sin embargo, alguna vez te desgarrarán el cuello y te arrancarán la cabeza con su mastodonte radical, con su hermosura de brazo irreductible, su discreto posicionamiento de búhos en el universo. Las feas antenas monumentales de la ocupación tecnológica ya lo avisan, silenciosa pero obsesivamente.

Este desplante es un requerimiento de licencia.

Una improvisación de cáscaras de nuez para dominarlos a todos.

La mezquindad invita al flan hablante a confiarse existencia y dejarse desangrar en danza sacra en el desierto del plato más sucio de la cafetería.

No hubo papagayo, mas igualmente lo inventaríamos.

Me indigno con sincera sangre amotinada y luego agredo a los inocentes, en la irritante vulnerabilidad de la obligada iluminación.

Un coyote que duerme espera tu comprensión de las granadas.

El detalle seguirá siendo débil en el momento del estallido de la debacle mundial: poderes fácticos ignoran pelos de durazno durante su grito permanente que los deshidrata.

Mosquitos para flotar con ellos, aunque sea de ira.

Café caído de la boca: un cuerpo existente demanda ser visto.

Decir los rasgos que diferencian este tiempo es una fiebre natural que no te necesita; mejor ahógate en la pelambreira voluntariosa y alguna lagartija envenenada te irá surgiendo del insulto domeñado.

Hace mucho que no me reconozco como sobre rocas. Uno va domesticándose a beber solamente escaleras.

El pudor recomendó silencio, como la agresión adulta de quien no ha disculpado a la mariposa sobre el perro.

Era un risco monumental exquisito y comenzaba a deslizarse,
viscoso, sobre su senda hacia la vibración y sus insectos.

Era un árbol reverencial y también una escultura pública
custodiada por espejos. Alrededor sólo se conmemoraba la
pobreza.

Estas tortas no duermen, como su pueblo.

El lenguaje estaba cifrado y su destape se lo reservaba, con
obscenidad, el amaranto.

Una orquesta apelmazada y publicitaria para gobernarlos a
todos.

El agua que se repite requiere implicaciones desde el esófago.

El mito quedó debidamente forrado para su extrapolación
planetaria sin necesidad de barco, manda decir Disney.

Un sistema sólo escurriente para que el paseo tenga maneras de
desnudarse.

Hablando con la música me acordé de mí.

Hubo que ver al sol bailar entre las nervaduras de los árboles,
todo lo demás después fue sólo arabesca imitación.

Ya no veo de lejos: ahora sólo opero en un marco de confusión
trascendental fundadora de religiones y caricias.

Ese clavo discretamente salido de la mesa moribunda espera
inoslayablemente que embadurnes tu cerilla santa sobre su
cabeza deprimida, no temas a las sílabas de la unción, a la
comunicación por lazos corporales y proliferación de células

muertas: las comunicaciones sacramentales siempre han sido y la arquitectura nítida y discreta de tu alma poblará la hora, silenciosa de bibliotecarios y administraciones públicas pastosamente fallidas.

Dado que el arte tiene que suceder en la realidad, hay que cuidar el riñón mientras los lengüetazos van elevando su marisma hacia la consagración discreta de otredades con puras pasiones sin ventilador.

Había un cerdo y sus gruñidos eran la música, demostró el señor albino con procedimientos de araña aglutinante.

Domesticaron a Leonora Carrington y la convirtieron en producto, en oficio de magnetismos turísticos, en referente mapeado, en perla institucional, pero sus cocodrilos insisten la fuga sobre una balsa que es la madre.

¿Qué unificará las partes roncadas del rinoceronte pincelado, por suceder bajo la visión del recorrido? Nada lo unificará, nada sucede sino las ganas de romper la cabeza de la orden para que salga un poco de inconformidad purulenta, de viscosa ira que babea: grumos de tensión orgánica contra los encierros a los que obliga sobrevivir.

Un carromato de pan gigante para dominarlos a todos.

Los difíciles esfuerzos de la cultura y sus arquitectónicos tacos al pastor van desdibujándose en el agua podrida que corre hacia los charcos opacos que rondan los puestos callejeros. Destilación magnánima de la fastuosidad al futuro calcáreo, óseo, morido.

Residuos de chile guajillo ardorosamente adheridos a los recovecos del tupper para dominarlos a todos.

Descubrir la reiteración es ir amando y detestando el hueso propio y sus posiciones obligatorias. Y un llamado a desprender el techo.

Me cansé de la fea vida y me fui mordiendo por dentro el caparazón. No se me notó porque insistí mi feligresía entre los tacos de guisado. Esa gula era una muerte.

Me enamoro de la tatuadora y el puente de mis emociones es invisible pero lo cruza un tlacuache.

Un gato negro electriza en torno las hojas caídas del inoportuno otoño, declarante en marzo.

Una bolsita de pistaches comidos, descarapelados, abandonada en algún asiento del monumental e irreductible metro para dominarlos a todos.

Al ladrillo lo empujan unas flores, invisible claridad desde las gaitas del microbús: lata sobreviviente.

El corazón se me ahoga en las nubosidades de la mezquindad, siempre versátil en su impregnación y astuta como demonio para pronunciarse aun sobre la espalda desgastada de la persona más vieja en el enajenado ritmo callejero de habitar una ciudad saturada. Luego me oculto, incierto de confesar la ruindad de mis sentimientos, que quisieran golpear un bolardo por ver si uno de los dos se excita aunque sea un poco, como quien resplandece una pestaña. Un ahogo que se disipa luego, pero me deja cargado, pronto para el próximo estallido de frustración en que un grillo me sacará la lengua y aplastará mis hombros contra las trenzadas sensualidades del estallido.

Muerte lenta, dice el trabajador de dedos moteados de pintura blanca y con guantes de cal en los tacos de canasta. Confiesa tras

pedir sus tacos de chicharrón: vivir para matarse, aunque sea entre las rotas felpas del acariciante humor y la cocacola.

Embutido en lonjas de resignación aún llameaste y cantaste, de pie como un gusano en la escultórica potencia del lomo de un gato.

Si te llaman ridículo mientras te desbordas y te inmolas entre los champanes de tu ritual secreto, puerta eres, y tendrás que fusilar a tus agresores, esclarecen los salmos.

Me confieso para lavarme, me digo para sentirme, tal vez cierto de que la trompa de inmundicia hostil volverá a lamerme, envolvente, las curvas del cuerpo.

Hasta en la ira hay vinculación.

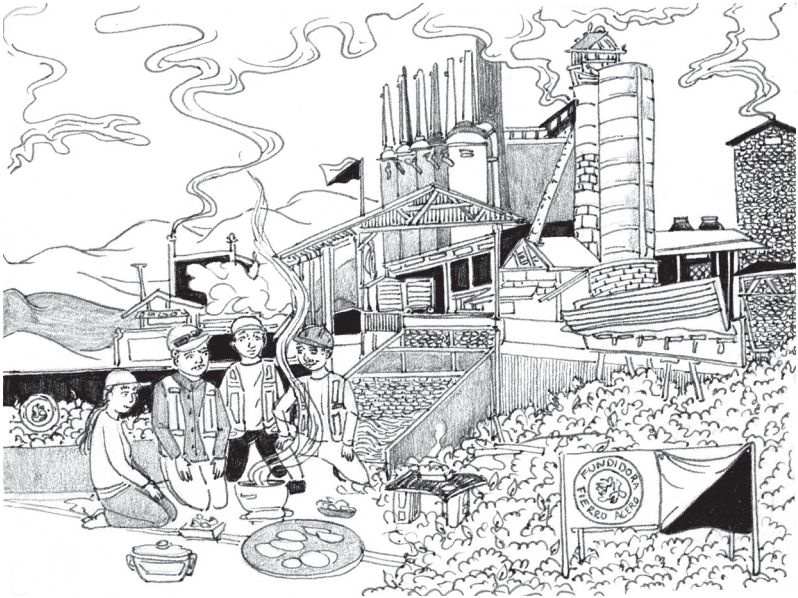
Un jardín simula para que aprendas pacientemente a llorar.

Si no bailaste en la mucosidad, probablemente no conoces la potencia de tus dolores y los pelos que crecerán después para captar el delicioso sonido del bosque que perdimos.

Era un robot y lo enamoramos soberanamente.

Aprende a chiflar, a gozarte, a portar tu autoproclamada dignidad placentera, irrevocable, recomienda la rata mientras huye entre los bultos del tiradero de basura tan espontáneo como institucionalizado de la calle Doctor José María Vértiz, en la colonia Buenos Aires.

Una tranquilísima pausa improcedente en la megalópolis para dominarlos a todos.



No hay banda, únicamente la potestad de las oportunidades de tus meniscos.

Ese adoquín seguirá bostezando y muriendo en infección hasta que aprendas a besar.

Lo portentoso que no importa, erguido todo en una misma página.

Subimos escaleras para llegar al cine: la mecánica en virtud del sueño.

Este temblor de mirarte podría destaparme las costillas.

Exprimiré esta piedra hasta que uno de los dos hable.

Abre los ojos para que los mosquitos vibrantes abrumados en la luz de esta tarde irrecuperable te coman el pecho.

En el mural de la Biblioteca Central de la UNAM sólo busqué las mariposas.

Colonia Obrera, 2019 - Pedregal de Santo Domingo, 2021

TRENZAS DE MADERA

Mariposario de urbanidades sacramentales, de Samuel Cortés Hamdan, se terminó de imprimir y encuadernar en abril de 2025 como un fruto de la generosa colaboración que articula la amistad y se seguirá imprimiendo, como preconizaron las Ediciones de Fantasía, si el lector así lo imprime en su deseo.

El tiraje consta de 400 ejemplares.

